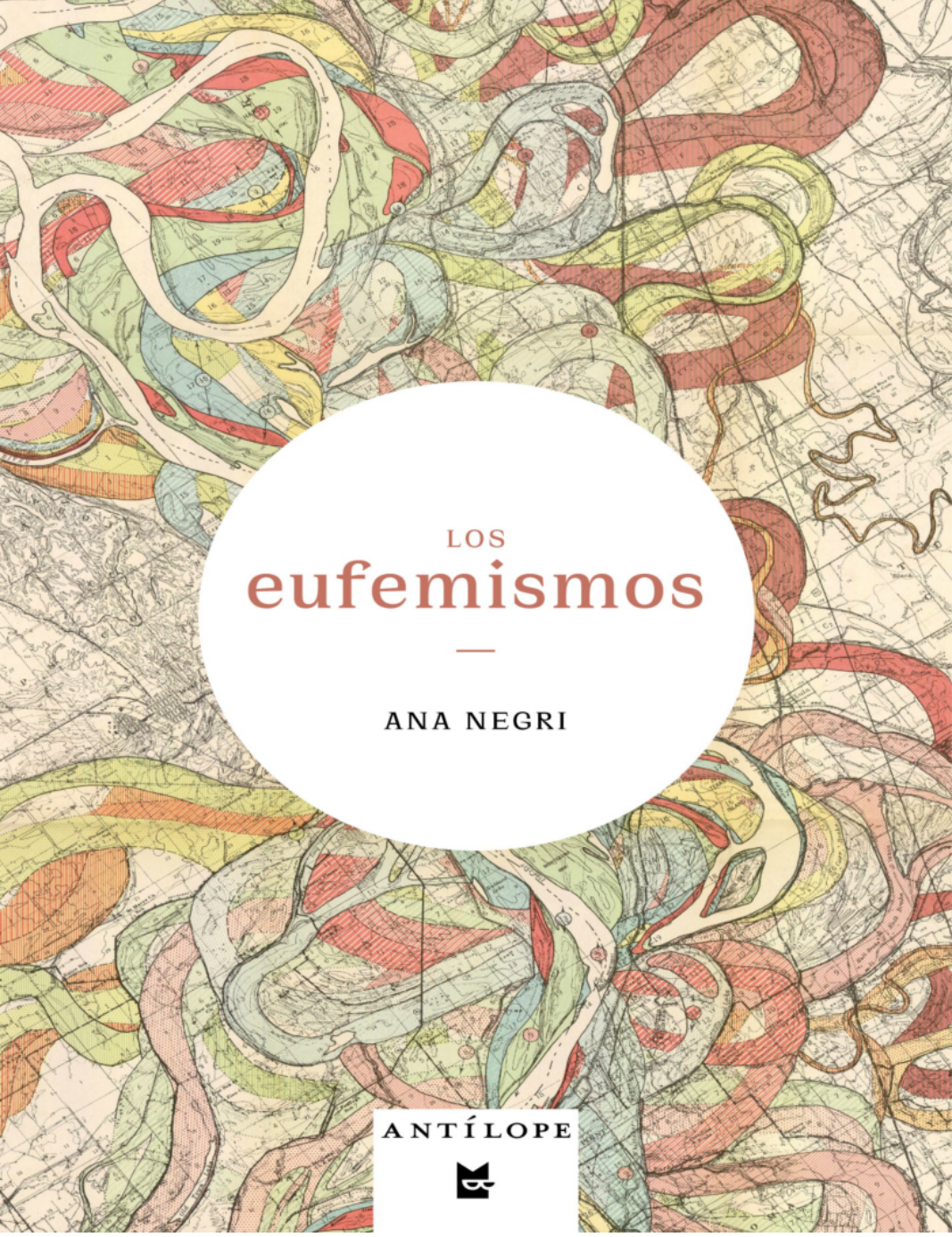

LOS eufemismos

ANA NEGRI

ANTÍLOPE

LOS EUFEMISMOS

ANA NEGRI

ANTÍLOPE

Esta novela fue escrita, en parte, con el apoyo del *Programa Jóvenes Creadores* del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes.

Los eufemismos
México, primera edición, marzo 2021

Los eufemismos © Ana Negri 2020

D.R. © 2021
Ediciones Antílope s. de r.l. de c.v.
Alumnos 11, col. San Miguel Chapultepec,
Miguel Hidalgo, 11850, Ciudad de México, México
www.edicionesantilope.com

D.R. © 2021
Almadía Ediciones s.a.p.i. de c.v.
Avenida Patriotismo 165, Escandón 11 Sección,
Miguel Hidalgo, 11800, Ciudad de México, México

En coedición con Bookmate Limited
2 Carmody Street Business Park,
Ennis, Condado de Clare, Irlanda
Encuentra el libro digital en www.bookmate.com
@bookmate_esp

FORMACIÓN
www.taller-se.com

DISEÑO DE PORTADA: Priscila Vanneuville
IMAGEN DE PORTADA: Intervención a un mapa creado en 1944 por Howard Fisk, para el Army Core of Engineers de Estados Unidos, registrando las fluctuaciones del curso del Río Mississippi a lo largo del tiempo y el espacio.

CORRECCIÓN DE ESTILO
Jimena Maralda y Renata Riebeling

ISBN Almadía Ediciones: 978-607-8764-07-5
ISBN Ediciones Antílope: En proceso de tramitación

Impreso en México

ANTÍLOPE

Para mamá

Un *no*, a causa de ese *no* todo se desencadena.
He de contar en orden este desorden. Contar
desordenadamente este extraño orden de cosas.
A medida que *no* vaya sucediendo.

ALEJANDRA PIZARNIK

TODO CAE

Con medio cuerpo hacia afuera y los antebrazos apoyados sobre el barandal, Clara mira desde el balcón. El mismo balcón del séptimo piso de Ávila Camacho 21 en el que hace treinta años su madre la bañaba en una tina de plástico azul los días de calor. En aquel entonces no había sido construido ese horrible edificio de oficinas que pusieron justo frente a su departamento y podía verse, en todas direcciones, la ciudad todavía verde y gris. Ahora, en cambio, lo primero que se ve son las más de cuarenta ventanas entintadas que separan a más de cien oficinistas de las corrientes de aire, del vacío y de Clara, que mira desde su balcón hacia la derecha, donde todavía alcanza a ver el horizonte, ya sólo gris, de la Ciudad de México. Desde ahí escucha el constante sonido de motores que cruzan por las avenidas cercanas. El sol aún cae casi en vertical, calentando las azoteas de cemento, reflejándose en los techos de lámina a esta hora del día. Clara mira hacia abajo, sus manos cuelgan por fuera del barandal. Por hacer algo, arranca una hoja del enorme helecho que resiste junto a ella la luz de la tarde; la soba entre el índice y el pulgar de la mano derecha hasta hacerla una bolita y la deja caer sin intención. Su mirada traza una línea imaginaria por donde cayó la hoja. A los costados de esa línea, cuelgan sus manos. Gira apenas la muñeca izquierda para ver mejor el reloj negro y dorado que acaba de regalarle su madre. “Es un buen reloj, es Chanel. Es viejo, pero como mamá siempre ha tenido buen gusto y prefiere formas sencillas, siempre será elegante”, le dijo su madre al dárselo. Odia cuando su madre habla de sí misma en tercera persona, como insertándose en su cabeza para sembrar desde ahí adentro la respuesta pavloviana al estímulo. No lee la hora: son casi cuarto para las siete, “siete menos cuarto”, diría Clara.

El sol ya ha comenzado a insistir, una vez más, en explicar cuál es el poniente y por qué se llama así *poniéndose* por Santa Fe, donde se ve, desde el balcón en el que Clara se apoya, el “edificio del pantalón”. Antes se veían las Torres de Mixcoac, donde vivía su tío Luis. Ahora no se ven porque las tapa el segundo piso del Periférico y, de cualquier modo, las torres ya no le importan. Dejaron de interesarle cuando las visitó por última vez, a los siete años.

“El rengo se mató por boludo, acá lo tenía todo, pero no se bancó su historia”, contestó su papá llorando cuando Clara le preguntó, por enésima vez, dónde estaba su tío y por qué se llevaban sus cosas. Entonces todavía no entendía que Luis no era su tío exactamente; tenía mamá y papá, los abuelos eran una voz al teléfono con acento familiar y una tarjeta cursi que llegaba puntualmente el día de su cumpleaños: no se hablaba más de ellos. Las hermanas de su madre eran una larga lista de nombres a memorizar; en cambio, tenía una cantidad incomprensible de tíos que en nada se parecían a ella o a sus padres, muchos de los cuales ni hablaban como ellos ni habían pisado nunca Argentina. Esas relaciones, entendería después de golpe —como casi siempre—, no respondían a líneas de filiación, sino a vínculos que sus papas establecían para remplazar la familia que perdieron al irse. Pero también, quién quita —como se dice en México—, para comprometer afectivamente a estos nuevos conocidos y que no fueran capaces de largar —como dicen en Argentina— en caso de que los obligaran a hacerlo. Luis era de los poquísimos tíos que sus padres conocían desde antes de salir de Argentina y que habían llegado a México poco antes o poco después que ellos. Otros habían salido exiliados por las mismas fechas, pero habían regresado a Buenos Aires “antes de tiempo” y Clara no los conoció.

Vuelve a mirar el reloj. No tiene números ni marcas para indicar las horas, sólo dos manecillas que trazan un mismo círculo a distinta velocidad. “Es tan elegante”, piensa, “que sólo sugiere la hora”.

—¿Cómo vas, ma? —pregunta Clara con la mirada vuelta hacia dentro del departamento en un tono fuerte que no usa habitualmente. No hay respuesta. O tal vez la hubo, pero afuera ya es hora pico y los siete pisos de elevación del balcón no alcanzan para silenciar el sonido de motores al que ahora cada tanto se suman los cláxones, el silbato de un policía tras alterar los tiempos del semáforo, la sirena de una ambulancia, una patrulla.

—¡No se puede vivir con este puto ruido!

—¿Qué decís, hija?

—Digo —responde mientras cierra la puerta del balcón desde adentro del departamento— que este ruido de mierda me vuelve loca.

Su madre ha abierto la puerta del baño, con lo cual libera una ola de bestias salvajes de vapor que huye en estampida hacia afuera, acarreando entre las volátiles patas una voz carrasposa:

—Sí, la verdad es para enloquecer a cualquiera.

La luz amarilla del baño se estrella contra el muro de la pared de enfrente enfatizando esa penumbra de media tarde que a Clara le resulta tan familiar. Cuando era chica, su madre casi nunca estaba; vivía metida en el consultorio, aunque en los breves intervalos en que rondaba por la casa, aprovechaba para dejar besos, cargarla un minuto o restregar su nariz contra la de ella. Su ausencia, cuando volvía a irse, se hacía más notoria. Por los espasmos de alegría producidos y por el olor a tabaco que le dejaba en la ropa. Su papá, mejor que no estuviera. Llegaba de noche "muerto, cansado, reventado de trabajar como negro", decía él, y de un grito ordenaba: "No me rompas las pelotas, ¿ta clarito?" Así que ella pasaba la tarde con sus cuadernos de la escuela, frente a la televisión, haciendo tareas muy fáciles, en medio de la penumbra, absorbiendo la imagen *technicolor* que le ofrecía esa pantalla de panza redonda.

—¿Qué tanto haces, ma?

Entonces se asoma, desde el marco de la puerta del baño, la cabeza de su madre vuelta del revés con el pelo largo, todavía mojado, colgando hacia el suelo.

—¿Qué voy a hacer? Me cepillo, me pongo crema, pero es que esa manía tuya de no poner cortinas… ¿cómo voy a salir con toda esa gente mirando hacia acá? —dice su madre mientras señala hacia el balcón con un movimiento de cabeza y sin dejar de cepillarse el pelo desde la nuca hacia las puntas.

Los doscientos treinta y dos ojos de los oficinistas ven con ansiosa satisfacción esa cabeza que cuelga de la puerta del baño. Clara deja guiar su mirada en la dirección indicada por su madre y se detiene en los vidrios entintados del edificio de enfrente.

—Da igual, mamá, si alguien te ve da igual. Ni saben quién eres ni les importa.

—Bueno, a mí no me da igual, así que tengo que terminar de arreglarme y vestirme acá adentro.

De un solo movimiento su madre endereza la espalda, y el pelo dibuja un medio círculo en el aire que deja una delgada línea de agua que va del piso a la pared, tal vez hasta el techo.

—¡Mamá!

—¿Qué?

—Pues que mojaste todo el pasillo. Además, tengo que hacer pis, vístete en mi pieza. Se supone que ya no ibas a estar aquí cuando yo llegara. ¡Necesito abrirme una cerveza, tirarme en la sala y no pensar más en nada!

—Bueno, abrite una cerveza, si yo no te estorbo. Y sabés que siempre que vengo te dejo la casa muy ordenadita.

Muy ordenadita, rígida de miedo bajo un escritorio, fue como la encontró el día en que la llamaron para que pasara por ella.

—Y apestando a cigarro. Además "muy ordenadita" no es mi orden.

"Su mamá llegó hace un par de horas y… *está muy nerviosa"*, le dijeron. Ese día empezaron los eufemismos.

Clara recibió la llamada en la oficina del Instituto, donde trabajaba medio tiempo para completar lo que ganaba con la beca de posgrado. Le había dado ese número de teléfono a su madre con la tajante condición de usarlo sólo en caso de emergencia, de modo que la explicación que le dieron al otro lado de la línea no sólo no la satisfizo, sino que la dejó naufragando en un océano de posibilidades adversas que se agravaba con cada vuelta de pensamiento. "Llego enseguida", dijo. La cabeza le giraba más rápido de lo que el tráfico permitía a las llantas. Cuando se imaginaba los escenarios más terribles, anticipaba un dolor profundo e intenso, una época triste que de a poco cristalizaba en una falta irremediable pero asumida casi con ternura; si buscaba tranquilizarse y pensar que estaba exagerando, se imaginaba una discusión a gritos con su madre en la que le reprochaba haber usado la línea de emergencia sin considerar el sobresalto que le ocasionaría o lo que tuviera que dejar por atender a sus caprichos. En ningún momento imaginó que la fisura que de a poco se había ido abriendo frente a ella alcanzaría a trazar la brecha que ahora dividía su cronología en un antes y un después.

La recibió una profesora que, al verla entrar en la dirección y preguntar por su madre, le soltó la exacta misma frase que Clara había escuchado por teléfono: "Llegó hace un par de horas y está muy nerviosa". La frase ahora también tenía un cuerpo y un rostro compungido, que mientras la conducía a otro lugar del recinto, repetía la única explicación razonable a la que había podido llegar: "Muy nerviosa, tu mami está muy nerviosa".

Ahí —dijo— y señaló un escritorio vacío acomodado en una esquina, hacia el fondo de un salón con paredes color beige. El lugar estaba repleto de bancas escolares tiradas o apiladas desordenadamente. Clara no preguntó nada y caminó despacio hacia el sitio indicado. Se movía con cautela, sin quitar los ojos del escritorio. Su cuerpo se había vuelto una caja de insonorización que acallaba el tambor de su pecho, pero no las vibraciones que, de tan fuertes, le hacían pensar que sus piernas terminarían por ceder a la fuerza de las percusiones. ¿Qué había pasado allí? A lo mejor la habían lastimado. ¿O había sido su madre quien dispusiera las bancas

así, a modo de obstáculos? Cada paso era una contradicción entre el apuro por responder esas preguntas y el deseo de retrasar el encuentro con una realidad que temía desde hacía tiempo y de la cual había rehuido exitosamente hasta entonces. Sin saber bien cómo, Clara estaba de pronto acorralada por la presa que esperaba ser encontrada en su escondite.

Por fin, al estar más cerca vio, un poco salidos del cobijo del escritorio, unos mocasines cafés muy gastados. Se asomó por un costado y descubrió un bulto: las piernas dobladas apuntaban las rodillas hacia arriba y los antebrazos se enlazaban a la altura de las corvas. Las uñas se clavaban en la piel. El conjunto temblaba. El torso echado hacia adelante ocultaba la cara entre los muslos. El pelo largo y brillante le permitió reconocerla.

—¿Mamá?

Su madre, envuelta con una toalla a la altura de las axilas y otra a modo de capa, cruza hacia el cuarto de su hija dando pasos muy largos pero lentos, ineficaces. Se quita las toallas y las cuelga descuidadamente de un perchero empotrado en la pared. Clara la ve: sólo los relieves de los múltiples huesos que se adivinan entre los músculos —casi imperceptibles— y las articulaciones, dan lugar a llanuras epidérmicas que, sin embargo, vistas de cerca, descubren también arrugas de menor profundidad. Las costillas, de por sí salidas, se elevan y construyen un barranco hacia el estómago, que es más una suposición generada por el punto del ombligo. La cintura estrechísima se escurre a los costados hacia el sacro, que dramatiza el contraste y pone en evidencia la cantidad de carne, de músculos y de grasa que le falta.

Clara la mira: el horror del que su madre solía hablarle al terminar alguna de sus lecturas o saliendo del cine, luego de ver alguna película crudísima sobre el genocidio armenio o judío. Está decrépita, piensa de golpe, y esa palabra, que no alcanza a sonar afuera, se le queda resonando en la cabeza y se convierte de pronto en las crepitaciones del pan quemado de Vallejo, en las zanjas oscuras abiertas, también a golpes, en el rostro más fiero y en el lomo más fuerte. Era el poema favorito de Luis. El cuerpo frente a Clara se parece muy poco al de su madre, que unos cinco años atrás se paseaba por las calles de la ciudad contoneando una cadera lozana, orgullosa, y una piel casi húmeda de tan fresca.

Las toallas terminan por deslizarse del perchero y caen al piso.

—Todo cae, mamá, todo cae.

Durante el terremoto del 85, Clara miraba la calle de Ávila

Camacho por encima de los hombros de su madre que la llevaba en brazos clavándole sin querer las uñas en las lonjas de la espalda todavía rolliza. Macetas, cables, pedazos de muros, vidrio: todo caía vertiginosamente a uno y a otro costado de ese cuerpo indiferenciado que formaron Clara y su madre ante la amenaza. Clara no necesitaba ver su expresión para saber que tenía miedo. Para temer con ella, por ella y por sí misma.

—Todo cae, mamá, todo cae.

Al decirlo, con sólo dos años, Clara sabía muy bien de lo que hablaba. Lo había aprendido varios meses atrás al caer desde la ventana del primer piso de la casa en donde Luis vivía entonces. Su cráneo, todavía blando, le había salvado la vida y una línea vertical, apenas más pálida que el resto de su piel, atravesaba desde entonces el espacio entre su nariz y su boca. La cicatriz, en realidad, era más honda. Clara sabía lo que era caer.

Clara se mete al baño apurada por las ganas de mear, pero sobre todo por escapar de la visión de aquel cuerpo desnudo. Entra al baño y cierra la puerta. Huele a su madre. Todo el baño, el vapor que ahora, condensado en gotitas de agua, corre por las paredes, todo transporta y difunde su olor. ¿Cómo hace para impregnarlo todo? Sentada en el inodoro, escucha a su madre preguntar: ¡Che, Claru!, ¿te respondieron algo de la editorial?

Clara odia hablar a los gritos de una habitación a otra. ¿En serio es tan urgente como para no poder esperar a que salga del baño? Y sin embargo, responde:

—¿De qué editorial?

—De esa a la que me dijiste que ibas a mandar tu libro.

—No es un libro, mamá. Es una tesis. Y por supuesto que me dijeron que no. A nadie le interesa publicar tesis, y menos si no son de doctorado.

—Pero la tuya es realmente buena, hija. Lo que planteas es de una originalidad y de una consistencia…

—Da igual, ma. El formato de las tesis está hecho para que nunca nadie vuelva a abrirlas jamás. Se asume que es trabajo al pedo.

—¿Cómo? No te oí.

—¡Que da igual!

—Por supuesto que no da igual. Tenes que mandarla a otra editorial. Tal vez incluso fuera de México…

Clara sale intempestivamente del baño y responde con el mismo volumen con el que hablaba a la distancia, pero ahora muy cerca de su madre:

—¡Cortala, mamá! ¡La tesis sirve para titularse y yo ya me titulé!

Clara se detiene al ver que su madre, que no esperaba la voz ni tan cerca ni tan fuerte, vuelve los ojos y la mira con el terror instalado en el rostro. Clara ríe con frivolidad por un momento, como si así pudiera desvanecer esa imagen de su madre muerta de miedo. Es un intento vano, porque ese momento, junto con otros tantos, va a condensarse en la memoria de Clara, como el vapor en las paredes del baño, para formar la inevitable nueva imagen que, inevitablemente, Clara se hace de su madre.

Poco antes de los eufemismos la había encontrado en lo que parecía su habitual pasmo introspectivo. Su madre estaba en la sala y no se inmutó ante el saludo de Clara:

—Hola, ma, ¿todo bien?

—No sé, hija, no dormí bien.

—¿Y eso?

Su madre la volteó a ver. La cara descompuesta al mostrarse (y ésta es una de las frases más repetidas de su madre), "decía más de lo que decía decir". Ninguna de las dos dijo nada, pero se vieron un poco más tiempo del necesario para informarse que sabían algo, "que sabían que sabían".

—Vení que te quiero enseñar algo.

Su madre se levantó y Clara la siguió más allá de la sala, hasta el consultorio.

—¿Vos sabes cómo desconectar esto? —le dijo, señalando el apagador de luz del consultorio.

—¿Desconectarlo? No entiendo. Está apagado.

—¡Ah! —exclamó, con la misma arrogancia que antes usaba al encontrar una palabra rebuscada con la que ganaba otra partida de Scrabble— ¡No te das cuenta! Yo también tardé en notarlo, pero acá y en mi pieza me han puesto cámaras, hija. Me están vigilando.

—¿Cómo?

—Mirá la lamparita esa —dijo casi susurrando—; está prendida por lo menos desde ayer, y en la pieza, lo mismo.

Había también una marca en su voz, una suerte de impostación tonal que acercaba a la farsa lo que decía, exagerando los matices.

—¿Qué? —preguntó Clara, con una intensidad que, sin percatarse, respondía a ese mismo juego de representación y énfasis.

Clara la miró dispuesta a soltar una carcajada, pero notó que su madre estaba lejos de bromear. Entonces le explicó:

—No, ma. Ese foquito es del apagador. Los hacen así para que, cuando esté todo oscuro, veas dónde está y puedas prender la luz más fácilmente.

La información tuvo efecto de liberación prolongada. Volvieron los

ojos a mirar hacia fuera, luego el ceño y la quijada se relajaron. Aun así, el intento de Clara por reír fue fallido. Trató de aligerar la tensión sonriendo burlonamente. Su madre, aunque esta vez había vuelto, cada vez avanzaría más hacia adentro.

Ahora Clara intenta lo mismo. La sonrisa no es suficiente y por eso ríe, aunque le salga tan mal. El gesto de su madre no se compone.

—Perdón, ma, no quería asustarte. No es para tanto.

Su madre vuelve del pasmo, se desmorona y llora arrodillada sobre las cobijas. Es un llanto ronco y grave. Hace mucho que no pasa un día sin llorar.

—Mamá…

Clara se sienta en la cama, a su costado, y ella esconde la cara contra el colchón, poniendo la cabeza entre el paréntesis de sus brazos. Le soba la espalda y siente los omóplatos puntiagudos y el temblor de la respiración entrecortada del sollozo.

—Ya, ma, soy yo. Soy yo, ma, perdón.

—No sos vos, hija.

"¿Cómo que no soy yo?", piensa.

—Perdón.

—Es que estoy cansada —solloza—, estoy muy cansada.

—Yo sé, ma. Pero tienes que tratar de relajarte un poco.

—¿Te gustó el reloj?

—Sí. Es muy lindo, igual insisto en que yo no necesito un reloj, puedo seguir usando el celular sin ningún problema. Es a ti a la que le hace falta saber en qué tiempo vives.

Su madre no parece haber oído la broma.

—No, hija. Si me lo quedo yo, tarde o temprano me lo van a robar. En esa casa de mierda me sacan todo, no puedo tener mis cosas, no me dejan tranquila.

—No es esa casa de mierda, ma, el tema es que ya no estás tranquila nunca en ningún lado.

El llanto retoma la fuerza inicial que se había ido opacando.

—Mamá, ya, de a poco se van a ir acomodando las cosas.

—Es que ya es mucho tiempo y estoy cansada. Quiero poder ir al cine y volver a regalarte libros y pasear con vos. ¿Te acordás cómo pasábamos días enteros hablando y haciendo cosas juntas?

Se acuerda, claro que se acuerda. Clara era todavía muy chica, pero se acuerda incluso de cuando comenzaron esos paseos, probablemente porque esas salidas fueron lo más cercano que conoció a una tradición familiar. Los fines de semana, cuando su madre no

atendía pacientes, caminaban juntas diecisiete cuadras —dirían en Argentina— desde el departamento hasta la librería. En ese trayecto de más o menos media hora —como se dice en México— pasaban por un parque donde Clara se detenía anhelante. “Mirá que el tío Luis me contó que hoy tendrían un montón de libros nuevos, ¿eh?”, decía su madre. Clara apretaba las mandíbulas y daba unos pasitos rápidos para compensar los que su madre había adelantado. Así postergó varias veces su deseo de columpiarse.

Cuando llegaban a la librería en la que trabajaba Luis, él las recibía con una larga lista de títulos “para grandes” que desataba una conversación equivalente a sesenta y ocho cuadras de caminata, según los cálculos de Clara. Ella no alcanzaba a seguir dicha conversación, pero entendía que su madre ya había empezado a leer y que no tenía caso tratar de impedirlo. Así que se sentaba en el piso de la sección de niños. Elegía los libros por la portada. Mientras más le gustaran los dibujos, más tiempo podría sostener la lectura. Tomaba cuatro o cinco al azar, los acomodaba alrededor suyo y comenzaba un silencioso certamen entre ellos. Una vez decretado el ganador, leía.

A veces levantaba la vista para buscar a su madre y la encontraba sentada en la escalera de servicio de Luis, leyendo al victorioso ejemplar de su propio concurso. Alguna vez las miradas se encontraron y entonces la vio inclinar la cabeza, sonriendo amorosamente. Había tenido la intención de salir corriendo a abrazarla, pero enseguida el gesto de su madre se endureció y Clara frenó el impulso, retomó la postura y clavó los ojos en el libro.

Casi nunca compraban nada. A las siete de la tarde, cuando la librería estaba por cerrar, suspendían la sesión, que a veces retomaban al día siguiente. El camino de regreso era más fácil de seguir: la oscuridad escondía la tentación del parque y Clara tardaba algún tiempo en desprenderse de los personajes, de los colores de los dibujos… Pasados los primeros cinco minutos, le era imposible retener tantas historias en la cabeza y, mientras daba brinquitos desiguales a su lado, comenzaba a contarle atrabancadamente a su madre, que sonreía al escucharla, todo lo que había leído. La emoción de Clara aumentaba a medida que reproducía su versión de los libros, pero aún más conforme entendía que había encontrado una forma de estar con ella.

Desde entonces no sólo lee, también escribe. Toda su vida ha escrito en cuadernos que a veces olvida en el fondo de sus cajones y otras veces regala. Esto último, más a modo de desprendimiento que de entrega. No quiere saber más y regala —generalmente a alguno de sus novios— el cuaderno específico de un tiempo o de un viaje. A últimas fechas, a falta de un receptor, ha optado por perder sus

libretas. Cuando ha tenido que leer en voz alta siente una inmensa vergüenza de hacerlo mal, por no saber qué acento usar. O más bien, de saber que el acento que está por escapar todo el tiempo, es el de una argentina cuya pertenencia no pende más que del recuerdo de otros. El mexicano… ése le sirve para vivir, no para leer.

Su madre es quien se toma la literatura con seriedad. Aunque siempre con un placer evidente de por medio, algo en la solemnidad de su tono al leer en voz alta le generaba a Clara, al mismo tiempo, fascinación y repugnancia. Lo mismo pasaba cuando Clara la visitaba por las tardes, al salir de la facultad. Si no estaba atendiendo a un paciente, la encontraba fumando en medio de su espeso jardín tropical, con la perra echada a sus pies y un gran poncho tejido con rombos de colores —sin importar la época del año— cubriéndole casi todo el cuerpo, salvo el brazo de la mano que sostenía el cigarro.

Su madre solía entrar en largos estados de letargo durante los cuales fijaba la mirada en algún punto del suelo. Las dos piernas tan juntas como una sola, el cuerpo echado hacia delante, el codo derecho clavado en el muslo derecho, con la mano formando un atril —pulgar e índice— sobre el que reposaba la barbilla. Una suerte de pensador moderno, femenino. Pasaba largos minutos en esa posición y no era raro que, al llegar, Clara la encontrara así, estática. Lo inmóvil de su apariencia hacía contrapeso al ajetreo de sus pensamientos. Sólo cuando Clara estaba muy cerca, y la perra se levantaba para alcanzarla, su madre salía del trance y, con la voz sorprendida en desuso, decía: “¡Hija! —mostrando desproporcionadamente los dientes del maxilar superior sobre los inferiores—, ¿qué hacés acá?”.

El ritual antes de cualquier asunto preciso: sin levantarse de la silla ni abandonar la posición anterior, estiraba la cabeza para que Clara se agachara y, sin perder esa sonrisa que la hacía ver muy tonta —más por el contraste con la postura de profunda reflexión—, le daba un beso que, invariablemente, le dejaba la mejilla babeada. La perra daba un par de vueltas sobre su propio eje y volvía a echarse en el mismo lugar. Después salían a caminar. La discusión era si llevar a la perra o no. Ir con ella significaba escuchar peroratas interrumpidas por “¡No!”,“¡Sit!”, “¡Come!”. Los entrenadores le habían dicho a su madre que el inglés funcionaba mejor para las órdenes porque éstas eran como golpes que los perros recibían más fácilmente. La verdad no funcionaban ni el inglés ni el español, y seguramente no hubiera servido ningún otro idioma. La perra tenía un control absoluto sobre su madre. Era el ejemplar fallido de una camada de pastores alemanes que uno de los muchos tíos de Clara, criador de perros, le había regalado a su madre porque no le servía para el criadero: era muy chica, tenía el manto del lomo claro en lugar de rojizo y la tendencia a la displasia era evidente por la forma en la que inclinaba el cuerpo

hacia un lado cuando estaba sobre sus cuatro patas. Esa perra, maltrecha entre sus congéneres, era la que su madre llamaba “mi guardiana”. Durante los paseos con la perra, las interrupciones por los gritos de su madre —repetidos una y otra vez, a modo de súplica— sucedían casi cada tres cuadras. Y cada tanto había que suspender la conversación porque la perra había salido corriendo tras un rastro de mierda y había arrastrado a su madre con ella.

Tiempo después, un día —poco antes del comienzo de los eufemismos—, su madre decidió hablarle de sexualidad: “Hay formas de estar con un hombre que nos hacen ser menos mujeres, hija”. Frases como esa le generaban la misma reacción que un grano reventado contra el espejo. ¿Por qué tenía que hablar de eso? Y si lo iba a hacer, ¿por qué la solemnidad? ¿Qué era eso de “estar con un hombre”? ¿Se refería a coger? ¿Cómo se puede ser menos mujer? ¿De qué corno estaba hablando?

—Tené muy claro lo que te voy a decir, hija: si un hombre, aunque sea tu pareja, aunque llegue a ser el papá de tus hijos, quiere hacerlo por la “a”, vos tenés que decir que no.

“¿¡No!? ¿En inglés o en español?”, pensó Clara, pero dijo:

—¿Hacerlo por la “a”?

Su madre apretó los labios fuertemente de modo que se marcaron todas las arrugas recién adquiridas y señaló su entrepierna:

—Ésta es la “v” —y, con los ojos excesivamente abiertos, miró hacia su culo—.Y ésa es la “a”.

El resto del camino Clara guardó silencio. Su madre seguía con su monólogo acerca de las experiencias sexuales que había tenido: cuando accedió a coger por el culo, y cómo ya el Marqués de Sade había dejado claro que cuando el culo interviene en el sexo, lo que aparece es el dinero.

Clara ponía atención. Iba persiguiendo la atropellada verborrea que transitaba, a toda marcha, desde los modales y el protocolo a la hora de la cena hasta la paráfrasis del último libro de Élisabeth Roudinesco y la primera plana del día anterior en *El País*. Empeñada en hilar una historia congruente con todos los cabos sueltos, Clara sentía cada vez mayor frustración. Entonces resolvió: no entiendo nada, empezando por la “a”.

Gradualmente, su madre fue construyendo una lógica propia e inexpugnable. El pensador dejó de existir porque sus pensamientos estaban intervenidos. “¿Quién es?”, gritaba con voz temblorosa y sobresaltada cuando escuchaba un ruido entre las pocas plantas del jardín que seguían de pie. La perra, vieja, salía entonces lentamente de entre los arbustos y se tiraba a un lado de la silla, donde su dueña

continuaba alerta, esperando a que ese día sí llegara su paciente.

El día que murió la perra, Clara no fue a trabajar para estar con su madre. La perra llevaba varios meses sin poder salir a pasear y después de una semana en que no había podido ni levantarse de su camita —de su cucha, dirían en Argentina—, su madre por fin había decidido llamar a un veterinario para sedarla. No había que ser muy perspicaz para darse cuenta de que el evento sería un golpe muy difícil, pero Clara tenía, además, un presentimiento funesto de que, con la perra, se iba a fugar el último soplo de fuerza que había mantenido a su madre mirando hacia fuera. “Se me fue mi guadirana”, se lamentaba su madre, con aquel llanto grave que la habitaría a partir de entonces. “Se me fue mi guardiana”, repetía una y otra vez.

El resto de la tarde siguieron los sollozos. En la noche, cuando su madre, por fin, consiguió quedarse dormida, Clara se fue a su casa con aquella frase grabada en la cabeza: “Se me fue mi guardiana”. ¿Por qué tanto esa puta frase? Entre los lamentos y suspiros de su madre se adivinaban las expresiones de miedo que le había visto esbozar ese día.

Cuando Clara era chica y todavía le temía a la oscuridad, su madre se metía con ella a la cama hasta que se quedaba dormida, y entonces regresaba a su cuarto sin que Clara lo notara. “¿Me haces mimitos?”, solía pedir. Una noche, mientras su madre le hacía cariños, Clara le preguntó si los adultos también sentían miedo.

—Claro que sí, aunque es distinto —respondió su madre—. Sentimos miedo por otro tipo de cosas.

—¿Como a qué?

—Como a perderte, por ejemplo, a que te pase algo, a los milicos.

“A ver si ahora le da por pasar a la clandestinidad otra vez”, pensó Clara en el coche de regreso a su casa, tratando de reírse de aquello que creyó formular como chiste. En cambio, se le llenó la boca de un sabor salado, por lo que tuvo que darle un trago a la botella de agua que tenía junto a la palanca de velocidades.

—Sí, ma. Sí me acuerdo.

Su madre levanta la cara de entre los brazos y la mira más calmada.

—Bueno —dice—, ya me voy, nos extendimos un poco más de la cuenta por hoy.

“Unas sesenta y ocho cuadras”, piensa Clara.

Lo siguiente es una danza en la que su madre trata de postergar su partida y Clara hace lo posible por evitar ese aplazamiento. Clara se acerca a la puerta principal, pero su madre ha empezado a pasearse

por los pocos metros cuadrados del departamento haciendo un examen de cada habitación: va al cuarto de Clara, vuelve a la sala y se acerca a la mesa del comedor para tomar su bolsa que colgaba de una de las sillas. Regresa al cuarto, toma una libreta y una pluma que había dejado sobre el buró, vuelve a la sala y abandona la bolsa de nuevo en la silla, y la libreta y la pluma en la mesa. Clara renuncia a su posición junto a la puerta y va a tomar la bolsa, mete en ella la libreta *y* la pluma. Su madre recoge una taza sucia del huacal que hace de mesa de centro en la sala y la lleva a la cocina. Clara la sigue, con la bolsa en la mano que le entrega como estafeta cuando se cruzan junto al refrigerador. Su madre, de pie frente al sillón, voltea a ver a todas partes y vuelve a la habitación.

—¿Qué buscas?

—Mis cigarros.

Clara toma la cajetilla que está en la barra de la cocina y se la extiende a su madre.

—¡Ah! —ríe.

—Bueno, te veo el viernes a las siete —dice Clara al tiempo que camina una vez más hacia la puerta de entrada.

—¡Tan temprano!

—Sí, mamá. Ya te expliqué que más tarde el tráfico hacia Reforma es insoportable. No es que a mí me encante levantarme a las seis, ver a Mariano tan temprano y encima hacer un viaje largo contigo quejándote de la hora, del tráfico y básicamente de todo. Y encima, todo esto es porque eres incapaz de poner orden en tu vida tú sola.

—Ya, Claru, ya. Era broma.

Clara cambia el gesto de molestia por una expresión vacía, acaso resignada. Ahora resulta que es ella la que no tiene sentido del humor.

—¿Pero entonces Mariano sí te prestó el auto?

—Sí. Ya te había dicho que sí.

—¿Está bien?

—Sí, bárbaro, es un auto de lo más cómodo.

Clara había aprendido desde chica que ninguna de las palabras que su madre pronunciaba conducía a una conversación superficial. Si tenía algo que tratar con ella, primero planeaba sobre el terreno. Medía la temperatura de los mares, la velocidad de los vientos y, sólo si el clima era propicio, descendía gradualmente. No era fácil darle la vuelta a una conversación iniciada, por lo que era mejor decir poco. Su madre sólo dominaba las palabras; lo que no salía de la boca podía, muchas veces, pasar inadvertido. En los últimos años, habían desaparecido incluso las necesarias conversaciones superficiales o las fórmulas de cordialidad comunes, del tipo “¿cómo está Mariano?”.

Detrás de esa pregunta, Clara lo sabía bien, su madre acechaba, esperaba el momento para abrirse paso hacia el oído del interlocutor —siempre Clara— y avasallarlo con toda su "opinión".

—Ay, Claru, sabés que no pregunto por el auto.

—Y tú deberías saber que si no te respondo más que por el auto es porque no me interesa, no quiero o simplemente no se me canta empezar a hablar sobre Mariano contigo.

—Bueno, me voy. Veo que no estás de muy buen humor. Nos vemos el viernes, hija. Te quiero mucho —dice su madre antes de estamparle el infalible beso baboso.

Clara abre la puerta de entrada y su madre pasa frente a ella rumbo al elevador.

—¡Ah, hija! —dice regresando hacia Clara y, muy cerca de ella, continúa en voz baja con notable vergüenza— ¿Tenés doscientos pesos que me prestes?

Clara va por su cartera, vuelve a la puerta donde la espera su madre, que ha seguido hablando:

—Es que ayer no fue mi paciente y como están las cosas, basta con que falte uno para desajustar todo mi presupues…

—Tengo ciento cincuenta, nada más. El viernes te paso más.

—Muchas gracias, hija. En serio que…

—No pasa nada, ma. Dale. Nos vemos el viernes.

Su madre sale del departamento y Clara espera en el marco de la puerta para verla entrar en la caja de ilusionista, un gesto que usualmente hace por cortesía con la gente que la visita, pero cuando se trata de su madre es más bien por la necesidad de verla desaparecer. Le genera una tranquilidad que no siente con sólo cerrar la puerta. Se ha ido.

Con una determinación casi urgente, Clara va a la cocina, saca una cerveza del refrigerador y la destapa contra la barra de la cocina. Ignora la corcholata —chapita, en argentino— que cae al piso y va hacia la sala. Ahí, toma la hamaca que cuelga de una sola argolla en la pared y la despliega atravesando toda la sala, por encima del huacal, para colgar uno de los extremos en la pared opuesta. Abre el balcón. Todavía se escucha ruido, pero ya le es indiferente.

Se tira en la hamaca con los pies hacia afuera *y* da un trago largo a la cerveza, que la posición le obliga a empinar como mamila. Le quita el aluminio al pico de la botella, lo soba entre el índice y el pulgar de la mano derecha hasta hacerlo una bolita y la deja caer.

Se columpia. En el vaivén, los pies rebasan el barandal del balcón: Clara en el aire. Da un trago más a su cerveza. Clara en el aire, trago de cerveza…

Emocionada, Clara gateaba en círculos por la pieza mientras la hija de uno de los amigos de su padre, ocho años mayor que ella, la miraba aburrida. Abajo, en la sala, los padres de ambas, Luis y algunas personas más veían el fútbol. Aunque todavía no conseguía caminar, Clara había aprendido hacía un par de semanas a mantenerse de pie si se agarraba de algo. Se entretenía haciendo de las cosas del mundo un punto de apoyo sobre las que confiaba todo su peso, hasta encontrar una nueva liana que la sujetara en la jungla de objetos que tenía alrededor. Trataba de mantenerse cada vez más tiempo en ese frágil equilibrio, pero generalmente la emoción de verse lejos del suelo recorría su espina dorsal, causándole un cosquilleo que la hacía reír y relajar sus piernitas rollizas. Así perdía el equilibrio y se rendía, contra el suelo, en un sentón amortiguado por los enormes pañales que le ponían y las risas de quienes la miraban.

¡Gooool!, se escuchó. La joven cuidadora se asomó fuera del cuarto: "¿De quién, de quién? ¿Cuánto van?" Nadie le respondió, pero a juzgar por las risotadas que venían de la sala, se trataba de algo mucho más entretenido que los intentos fallidos de aquel bebé por levantarse, así que volvió al cuarto, puso a Clara en la cama y la rodeó con cojines y almohadas para hacerle una barricada provisional: "Te quedas aquí, voy a ver cómo van y vuelvo".

Clara se quedó sola y empezó a llorar. Pausa. Nadie llegó. Lloró otra vez, ahora más fuerte. Nadie. Clara embistió en cuatro patas contra la barricada, que pronto quedó convertida en escalera. Comenzó a gatear torpemente sobre los cojines y sobre las almohadas hasta que consiguió asirse de algo más sólido: el alféizar de la ventana. Realizó el ejercicio de ponerse de pie: de a poco, tambaleándose, aferrada a su liana. Algo distinto a la emoción la recorrió desde los pies hasta la pelusa que cubría su cabeza, todavía blanda, algo que dependía de ese espacio que miraba ahora sin lianas y sin suelo. Conoció entonces la atracción del vacío. Sus piernitas rollizas temblaron.

¡Goooool!, se escuchó de nuevo, ¡gooool!, mientras caía. Su cuerpo de bebé, como de goma, absorbió la caída, pero el ímpetu llegó a la cabeza de Clara que se estrelló de frente contra la baldosa oscura. Esa vez no hubo risas porque nadie miraba.

MIGRAÑA

Llueve, pero no quiere volver a subir cinco pisos hasta su oficina para buscar el paraguas, “no le hace, na más es de aquí al metrobús”. Cruza la avenida, encorvada y a paso rápido, como si la lluvia sobre la espalda mojara menos. Ya del otro lado, va guareciéndose bajo los pórticos de edificios y negocios, pero la gente avanza en corrientes caudalosas, tratando de evitar el agua sucia que fluye por las calles, y no es fácil permanecer al resguardo. Una mujer que pasa junto a ella en sentido contrario la golpea con el brazo que lleva doblado en posición de guardia y que mantiene firme para abrirse paso. Sigue andando, evita charcos e irregularidades del piso, pero no alcanza a brincar del todo el arroyo que se ha formado al borde de la banqueta y cae con un pie dentro del agua lamosa: “¡La concha de la lora!”. La estación del metrobús está llena de gente y van todos mojados; y si no ellos, sus paraguas, sus impermeables, sus mochilas. Tiene que dejar pasar tres autobuses para subir a uno y, cuando lo consigue, lo hace como todos, aferrando sus cosas y empujando hacia adentro. Con el cuerpo constreñido contra muchos otros y el movimiento prácticamente impedido por la presión, se abandona a ese enjambre y deja de pensar en protegerse —como hace habitualmente— de manoseos o miradas. En cambio, piensa en llegar a casa, quitarse los zapatos, darse un baño y dormir hasta mañana. Pero mañana tiene que ver a Mariano, tiene que pasar por su madre y hacer trámites con ella en Migración.

Cuando las cosas se ponen así, apretadas, una junto a otra, tan cerca que el olor a mierda de una se huele desde la otra; cuando todo está así, repodrido —como dirían en Argentina—, de la chingada, para acabar pronto; cuando las cosas están así, Clara busca a Elias. Hace cerca de un año se reencontraron por Twitter: un *like, unfollow*, un mensaje directo y él llegó a casa de Clara.

—¿Trajiste condones? —preguntó ella sentada en calzones en el borde de la cama mientras le desabrochaba el cinturón.

—No —respondió él, ayudándole con los pantalones—. No pensé que éste fuera el plan.

Clara se detiene, abre los brazos en cruz y se tira de espaldas sobre

el colchón.

—No, pus ya fue. ¿Y por qué no me dijiste antes? ¿Cómo puede ser que no hayas traído condones? Tampoco es que fuéramos grandes amigos y que pudiéramos pasar la noche poniéndonos al tanto de lo que ha pasado en nuestras vidas.

—No, pues no. ¿Y tú no tienes condones en tu casa?

—No —responde Clara, que reconoce con una sonrisa su parte de responsabilidad—. No tuiteo muy seguido.

Esa noche la pasaron tirados en la cama semidesnudos, hablando, de hecho, sobre lo que había pasado desde la última vez que se vieron.

Toca el timbre. Antes de oír los pasos de Elias, escucha una atropellada carrera de patas y uñas contra el metal de la escalera; es Sorina, que corre a estrellarse contra el portón de la entrada.

—Hola, Sorina, hola —dice Clara desde el otro lado del portón, justo a tiempo para que Elias oiga que simpatizan.

—¿Clara? ¿Qué haces aquí? ¡Estás toda mojada!

—Perdón, ¿estás ocupado? La ciudad está imposible. Estaba a dos estaciones… pensé que podía ser buena idea.

—Pasa, pasa. Estaba por darle de comer a Sorina.

Clara ve brillar esa sonrisa enorme de dientes alineados que tanto le gusta.

—¿Te pone contento verme? —sabe la respuesta, pero quiere oírla pasar entre esas tejitas blancas.

Sorina, agitada, gira alrededor de ellos.

—Claro que me pone contento. Es una linda sorpresa.

Elias se acerca para abrazar la cintura de Clara.

—¿Me dejas darme una ducha?

Sorina llama la atención de Clara con una pata.

—Claro, ¿necesitas ayuda con algo? —dice Elias con una mirada de supuesta seducción, tan ridicula que ni él ni Clara se aguantan la risa.

Sorina brinca juguetona sobre Clara, le rasguña la espalda y su blusa se desgarra un poco.

—¡Sorina, carajo!

Clara se aleja de Elias a paso rápido para subir al estudio mientras él termina de cerrar el candado de la puerta de entrada.

—Es que no lo he dado de comer y está muy inquieta… Al darse la vuelta, se da cuenta de que se ha quedado solo con Sorina, que lo rodea brincando hacia la izquierda y luego hacia la derecha de camino a las escaleras.

Clara entra al estudio sin reparar en nada y cruza el espacio hasta

donde está el fregadero de la cocineta. Tira su bolsa en el suelo, se recoge mal el pelo con la liga que lleva en la muñeca y abre la llave del agua. Trata de mojarse con una mano los rasguños de la espalda, pero en cambio moja el suelo, la cocineta, su ropa. Está a punto de gritar de rabia cuando Elias abre la puerta y Sorina inicia una nueva carrera hacia ella. Justo antes de que se abalance sobre Clara, él ejecuta una orden certera y grave que detiene en el momento exacto a Sorina y estremece a Clara del susto: "¡Quieta!". Elias llega hasta Clara, pero en vez de besarla, como ella pensó que haría, saca de debajo del fregadero un costal de croquetas.

—¿La vas a premiar por brincarme encima?

—Claro que no. La culpa en todo caso es mía porque no le di de comer y eso la altera mucho. Come siempre a la misma hora —dice Elias mientras llena el plato de comida de Sorina y lo lleva al otro lado, junto a la puerta, donde está la cainita de la perra—. ¿Apenas saliste de trabajar?

—No, salí hace como hora y media, pero te digo que la ciudad es una locura.

—Bueno, menos mal que tu ex te quitó el coche, si no, seguirías ahí atorada.

—No me lo quitó, era suyo. Lo usaba yo, pero era suyo.

Elias voltea a verla con recelo.

—¿Qué? —pregunta Clara, a la defensiva.

Sorina, que no ha dejado de seguir cada movimiento de Elias, se contiene inquieta mientras su dueño pone el plato sobre el suelo y se aleja un paso. La perra se lanza sobre las croquetas, que devora impacientemente.

—¿Qué? —insiste Clara.

—Nada, sólo me parece que lo justificas.

—No lo justifico. El coche es suyo y de hecho me ha ofrecido varias veces que lo use.

—¡Qué buena onda!

—Pues sí, la verdad. ¿Por qué estamos hablando de Mariano?

Sorina termina de comer y empieza a rondar otra vez a Elias, que le da unas palmadas en el pecho y la manda a su almohadón. Entonces Elias se acerca a Clara otra vez.

—Al menos la tienes bien entrenada. La perra de mi mamá era un desastre total. Bueno, mi mamá le permitía que hiciera prácticamente cualquier cosa y la perra obviamente le agarró la medida.

—Pues sí, no se puede esperar que los perros tengan un orden humano naturalmente —dice él mientras se lava las manos.

—Ah, ¿tú le das orden humano a Sorina?

—Algo así, ¿no?

Elias levanta la blusa de Clara para besarle la espalda cariñosamente. Moja sus manos otra vez, toma el jabón y lava, con más cuidado del que Clara hubiera esperado, las marcas de las garras de Sorina cruzadas en su espalda. Ella cierra los ojos y se deja acariciar.

—¡Pff! No sé. A la gente que tiene perros a veces se le olvida que los perros no son seres humanos. Luego ese equívoco hace que confundan a los seres humanos con perros. Pero me da lo mismo, ya no quiero hablar de Sorina ni de perros.

—¿Hay algo de lo que sí quieras hablar?

Elias deja el jabón en el fregadero y enjuaga la espalda de Clara, que luego seca con un trapo limpio.

—No sé, tal vez no.

—¿Estás bien? —pregunta Elias mientras hace girar suavemente a Clara tomándola por los hombros— ¿Tas bien?

Clara, con el cuerpo encorvado, el gesto serio y la cabeza gacha, no responde.

—Che…

Clara voltea a verlo. Sabe que Elias acude al argentino cuando quiere llamar su atención y, aunque odia reconocerlo, generalmente le funciona. Él toma su cara entre las manos como si cargara un pajarito, acercando su cara a la de ella y copiando su postura.

—¿Estás bien? —repite con ternura.

Clara suelta una risotada que acaba con cualquier intento de galantería por parte de Elias.

—¿De qué te ríes?

—No sé, pero es gracioso. De mi amargue, de la cara de bruto que tienes.

—¡Ah, mirá vos! Ahora soy un bruto. ¡Qué huevos para venir a decírmelo a mi casa!, ¿eh?

Elias ríe y sustituye la cercanía de las caras por un abrazo a la altura de la espalda baja que acerca la cadera de Clara a la suya y que, como por compensación, hace erguirse las espaldas de ambos.

—¿Viste? Si de algo puedes estar seguro es de que digo la verdad.

Clara empieza a desabotonarle la camisa con una sonrisa desvergonzada.

—Ah, así que la verdad —reclama subiendo la voz al decir “la” y aflojando el entrelazado de sus manos para permitir que Clara se recline un poco y siga con los botones— es que tengo cara de bruto.

—Bueno, al menos es mi verdad —dice enfatizando, como había hecho él, al pronunciar “mi”.

Clara termina con los botones y desliza la camisa por los brazos de Elias, que suelta el amarre para dejar caer la prenda, pero vuelve a

enlazar las manos detrás de Clara enseguida.

—Pero quédate tranquilo que me gusta.

—¿Sabes qué me pone más bruto, también? —pregunta con la mandíbula apretada—. Que te escabullas con esa sonrisa y esos ojos de cabrona.

—No me escabullo, si te digo lo que pienso.

—¿Y no era que no querías hablar de nada?

Clara lo besa y se pega a su cuerpo mientras toma con una mano la pija tiesa contra la que se había estado frotando desde hacía un rato. Él exhala con un sonido bronco que a Clara le suena a placer. Lo acaricia y le da besos cortos, manteniendo la boca abierta cerca de la suya; quiere que sea él quien la bese, que la busque. Entonces él la besa. Con algo de dificultad le desabrocha los pantalones y cuela despacio su mano entre el abdomen y los calzones hasta sentir, con la punta de los dedos, la humedad que ella parece producir con un vaivén continuo que se hace cada vez más evidente. Ella se estremece y busca con las caderas la forma de ponerse los dedos dentro, pero estos se entretienen frotándola con un ritmo errático que la desespera y al mismo tiempo la excita. Carajo, dice Clara y los dedos se mueven más rápido. Carajo y los dedos presionan más. Carajo y Clara suelta una exhalación sonora que hace despertar a Sorina, que se acerca enseguida a buscar la fuente del sonido.

—¡No, Sorina! —dice Elias volteando hacia la perra e indicando con el índice —el mismo que había estado dentro de Clara— la dirección que debe seguir el animal. Sorina da media vuelta y vuelve a su cama.

Clara resopla y se voltea para descansar los antebrazos en el borde del fregadero. Elias vuelve a ella, se pega a su espalda y le abraza la cintura.

—¿Vamos al tapanco? —le dice al oído.

—Vamos a donde podamos pasar dos minutos sin ponerle atención a tu perra, pero antes necesito darme un baño.

Clara sube, deja caer al piso la ropa mojada que se va sacando, se mete al baño. Abre las llaves del agua, entra en la ducha y de inmediato piensa en Mariano. Al contacto con el agua caliente comienzan a relajársele los músculos, hasta entonces contraídos, a tal punto que le es imposible mantenerse de pie. Se sienta en el piso de mosaico blanco y la sorprende un recuerdo, que no sabía que guardaba, de su última mudanza.

Ese día él no estaba. Habían acordado que Clara tendría toda la tarde para empacar y llevarse sus cosas; al final le dejaría las llaves al

portero. Cuando acabó de llenar todas las cajas, llegó la mudanza y entre dos hombres comenzaron a subir todo a la camioneta. “Nosotros ya estamos listos, señorita”, le dijo uno de ellos cuando la última caja estuvo dentro del vehículo. Hasta entonces, Clara se había mantenido firme; respondía con dureza a las preguntas que le hacía Mariano y tenía razones de sobra para justificar lo que estaba haciendo, para irse de la casa, para separarse; pero entonces vio a ese señor. No tenía ninguna relación con el asunto y, sin embargo, en cada uno de sus poros había florecido una gota diminuta de sudor, tenía el aliento agitado y la cara roja. Todo delataba un esfuerzo que Clara no había hecho. “Yo no estoy lista”, pensó y, justo entonces, una serie de fractales de luz —de mugre, ha dicho siempre Clara— se le instaló a los costados del espectro de visión. Pensó en Mariano, en la cara que pondría al ver la casa sin todas sus cosas. “Ahorita bajo”, alcanzó a decirle al mudancero antes de sentir unos dos mil newtons de fuerza presionando el costado de su cabeza. “¿Qué estoy haciendo?”, preguntó varias veces, mientras buscaba la caja de Migral en el baño, pero nadie respondió. Al encontrarla, tomó dos pastillas, se recargó contra la pared y se deslizó hacia el piso, en sincronía con la trayectoria del medicamento por su garganta. Sentada ahí, en el suelo frío, también de mosaico blanco, aquella vez sintió que tenía una suerte de vocación para la soledad que la expulsaba de un lugar del que no quería irse, pero en el que ya no sabía cómo quedarse. “¿Señorita Clara?”, oyó que le llamaba el señor y le dio pena hacerlo esperar más.

Entonces ya estaba acostumbrada a sufrir migrañas de vez en cuando. El primer ataque le vino de golpe la primera vez que viajó a Argentina. En esa época, los niños menores de doce años pagaban sólo la mitad del boleto de avión y Clara estaba por cumplirlos ese verano; sus padres no tenían dinero para acompañarla, pero sabían que al costo habitual del pasaje sería aún más difícil hacerlo, así que la montaron en el avión y la enviaron a Buenos Aires, donde la recibiría el hermano de su padre. Clara no había visto nunca una foto de su tío, así que tuvo que confiar en la identificación que aquel hombre mostró a los oficiales de Aerolíneas Argentinas. A primera vista, el sujeto no se parecía en nada a su papá, pero cuando se puso en cuclillas y empezó a llorar, Clara también rompió en llanto. “Ha de ser de familia”, pensó Clara; “sos igual al Negro”, dijo él. Ese día, conoció a la familia de su padre: a su prima, a su abuelo y a la esposa de su abuelo —a quien creyó su abuela hasta que la mandaron a Córdoba a visitar a la que sí lo era—. Algunos días después viajó a Bahía Blanca. Ahí la recibió el papá de su madre; era mucho más grande de lo que parecía en la única foto que había visto de su familia materna, en México, pero reconoció en él la misma sonrisa boba de su madre.

“Vení con el abuelo, pichona”, le dijo con los brazos abiertos aquel hombre que la estrujó como si la conociera de toda la vida. Caminaron juntos contra el viento helado de un verano que, sin entender muy bien cómo, se había convertido en el peor invierno que Clara había sentido. Llegaron a una casa grande y vieja con montones de cosas apiladas por todas partes, además de las vitrinas que contenían cientos de pequeños objetos al resguardo y otros tantos colocados encima, sin mucho orden. Había dibujos hechos por niños, unos más talentosos que otros, que descansaban enmarcados sobre los trinchadores del comedor, en las mesitas chaparras de la sala y pegados en el refrigerador de la cocina; colgadas en las paredes había fotos de gente que Clara no conocía, algunas viejísimas y muchas otras más recientes. En una columna, cerca del sillón de la siesta del abuelo, Clara identificó un par de fotografías de unos años atrás en las que salían ella y su madre en unas vacaciones en la playa. ¿Qué hacen estas fotos aquí? No pudo preguntarle al abuelo porque éste había seguido caminando y ella tuvo que correr a alcanzarlo en el patio central, donde un montón de niños corrían de un lado al otro. “¡Chicos, llegó Clarita, la prima mexicana!”, anunció el abuelo y los juegos cesaron para mirar a ese espécimen tropical. “¿La prima mexicana?”, pensó.

—¿Cuántos años tenes? —preguntó una niña que se resguardaba detrás de otro que sostenía un balón.

—Voy a cumplir doce en diez días. ¿Y tú?

Estallaron, al unísono, las risas de todos los primos. “¡Y tú!”, repetían a carcajadas, “¡y tú! ¿Querés jugar al fútbol, tú?”.

Ese mismo día conoció a la abuela y a todas sus tías. Su familia se había multiplicado de golpe y su casa, ¿dónde carajos era su casa?

—Tengo mugre en los ojos —le dijo esa noche al abuelo antes de desmayarse de tanta presión en la cabeza.

Cierra las llaves del agua y se enrolla en la única toalla grande que hay a la vista. Al salir del baño no ve su ropa en el piso; en cambio, sobre la cama hay una playera y unos *boxers* limpios.

—Te dejé algo para que te pongas en lo que está lista tu ropa.

Sólo entonces escucha la lavadora. “Voy a estar aquí al menos tres horas”, calcula. Mira el reloj, “pasaditas las ocho” —dirían en México —. Se pone la ropa limpia y se acuesta sobre la cama. Ahora ella también tiene ese olor, mezcla de perfume y barniz, que tiene Elias.

—¿Quieres una chela? —le pregunta él desde abajo.

—¿Tienes whisky? Hace frío aquí.

Desde ahí arriba puede ver, en picada, la cama de Sorina y todos los cuadros de Elias. Ha estado ahí otras veces, pero desde esa

perspectiva, como desde fuera del cuadro, todo le parece artificial. Incluso lo que no alcanza a ver pero recuerda, como la cocineta siempre limpia o aquel sillón en el que no se ha sentado ni una sola vez, le parece falso. Esas cosas sólo parecen estorbar el despliegue de lienzos en proceso o ya terminados que Elias tiene siempre expuestos —para quién sabe quién— por todas partes. Clara mira a su alrededor y empieza a sentirse como si estuviera de visita en una galería o, peor, como parte de alguna instalación de arte.

El mismo Elias, pensándolo un poco, le parece un elemento recargado de una escenografía demasiado cuidada. Clara repasa sus reacciones, sus respuestas y no puede evitar pensar que parecen tomadas de alguna película noventera de bajo presupuesto. Incluso se atrevería a afirmar que cada vez que Elias habla de "su arte" engola la voz como si estuviera ante un grupo de coleccionistas o inaugurando una exposición en el Guggenheim; incluso recuerda haberlo descubierto varias veces ubicándose en el lugar preciso para recibir cierto haz de luz en un determinado perfil. La presencia de Sorina —sus interrupciones y el olor a perro—, por más que la deteste, es lo único que le da un poco la sensación de estar en un espacio habitado, y lo que combate el perpetuo olor a aceite de linaza del estudio. Tal vez el hecho de que Elias hable de su estudio para referirse a ese lugar que es también su casa no ayude mucho. O, por ahí —como dirían en Argentina—, lo que la fastidia tanto ahora, tirada en una cama con ropa de otro, no es lo impersonal del espacio, ni la perenne pose de Elias, sino descubrir cuán distante está de todo lo que la rodea en ese momento. A tal punto se siente lejos de Elias, de lo que sigue contándole desde la planta baja, que no lamenta, en lo más mínimo, haber perdido tanto tiempo de convivencia por estar así, fuera de cuadro, abstraída y ocupada en verse mirar.

—¿Terminaste el cuadro que estabas pintando la última vez? —pregunta, sin importarle si viene a cuento o no, si tiene algo que ver con lo que él le había estado diciendo.

—¿Cuál era?

—Uno de un caballo azul.

—¡Uy, sí! ¿Desde entonces no venías? —responde él desde la cocineta—. Dejé de pintar animales porque creo que también cambió mi forma de concebir la pintura.

Clara cierra los ojos y respira profundamente. "Soy yo", piensa, "la que está representando una puesta en escena para quién sabe quién".

—Antes me gustaba que los animales de mis cuadros reflejaran algo humano, como lo que te decía de Sorina; ahora no me interesa reflejar nada, ahora se trata del evento: el peso del óleo, la textura de la tela, los colores y yo alterando composiciones, densidades. En mis nuevos cuadros suceden eventos irrecuperables a medida que les doy

forma.

Elias sube con una Victoria en la mano derecha.

—¿Y mi whisky?

—¡Ah, sí!

Elias regresa a la cocina y sube de nuevo, ahora con el vaso de whisky en la otra mano. Se agacha para evitar golpearse contra el techo y acomoda las cosas en el buró, junto a la cama.

—A mí me gustaban tus animales —dice Clara, extendiendo la mano para que Elias le pase su vaso.

—¿Y no te gustan los nuevos?

Elias le pasa el vaso mientras se termina de quitar los zapatos para acostarse en la cama, sobre un costado, frente a Clara.

—Sí, supongo que sí, pero me gustaba el caballo azul —responde, y apura el primer largo trago de whisky.

—En realidad era el culo del caballo.

—Tú y los culos, ¿no?

Elias ríe.

—Esa fascinación creo que es cultural. En algún lugar —continúa — no me acuerdo en dónde, leí una vez un ensayo medio en serio medio en broma que explicaba que los argentinos tienen una fijación con los culos. Creo que era así, aunque no sé si lo estoy mezclando con uno que era sobre los argentinos y la crueldad y entonces era sobre sexo anal, la sodomía… algo así.

—Si te prende, puedo hacer énfasis en mi lado argentino —dice Elias.

—¿Cómo tu lado argentino? —pregunta Clara.

—El lado de mi familia paterna. Mi mamá es de Veracruz.

—Ah, ¿en serio?, pensé que los dos eran argentinos.

—No, sólo mi papá —responde Elias poniéndose en cuatro patas sobre Clara y olisqueándola por todas partes.

—Algo tenía que ver con la animalidad, tienes razón.

—¿Qué?

—Lo de los argentinos y coger por culo. Algo tenía que ver eso con los animales.

—No dije nada de los animales ahora.

—No, pero me empezaste a olfatear como si fueras uno.

Elias se quita de encima de Clara y se tumba a un costado.

—Estaba jugando —explica.

—Pues igual, creo que sí tenía algo que ver con los animales, al menos la parte de la crueldad. Imagínate: una nación que se fundó a partir de la dicotomía entre civilización o barbarie, y los que se decían civilizados arrasaron con los demás sin ningún cargo de conciencia,

¿quiénes eran las bestias, en realidad?

—Pues mi papá se debe haber topado con los nietos o bisnietos de algunos de esos, pero me parece que cambiaron de giro el negocio familiar y ahora son más bien carniceros.

—¿También tu papá vino exiliado?

—Sí, luego de pasar tres meses en un centro clandestino de detención.

Elias se acomoda con la espalda contra la pared y le da un trago a la cerveza.

—¿Y nunca hizo el juicio de reparación? —pregunta Clara con nuevo interés, dando también un trago a su vaso.

—Para no querer hablar, traes buenos temas, ¿eh? Sí, claro que sí. Yo tenía como nueve o diez años y no me acuerdo bien, pero creo que fue cuando me enteré de que tiene la oreja mal por haber pasado por la parrilla.

—Mierda.

—También me acuerdo que una vez, en la noche, creo que en esa misma época, me despertó una pesadilla y no podía volverme a dormir. Fui al cuarto de mis papás y me acerqué en silencio al lado de la cama de mi papá.

—A tu lado argentino.

—¿Cómo?

—Nada, que fuiste al lado de tu papá, a tu lado argentino.

—Eso dije.

—Bueno, dale, ¿entonces?

—Y de repente mi papá se levantó como energúmeno y me empezó a golpear y a patear y en el suelo me seguía pegando. Mi mamá intervino en cuanto se despertó y vio lo que pasaba. Consiguió quitarme de encima a mi papá, que se sentó en el borde de la cama y empezó a llorar como un niño, tapándose la cara con las manos. Nunca me dijo nada sobre esa vez, ni me pidió perdón ni nada.

—¿Estaba dormido?

—Supongo, no sé. A lo mejor estaba alerta, como cuando estuvo detenido, y se sintió amenazado. Así me lo expliqué yo después. A lo mejor sintió que en vez de estar en la casa estaba en el centro, secuestrado, y tardó en darse cuenta de que yo era yo. No sé.

—Eso o le cagó que lo despertaras.

Se ríen.

—Es difícil el tema del juicio. Nosotras llevamos un rato en ésas.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo van?

—No sé. Está todo muy revuelto. Mi mamá está más insoportable que nunca o yo más intolerante, no sé, pero a la menor provocación,

se suelta con una avalancha de temas escabrosísimos y la verdad es que yo estoy agotada.

—Pero es tu mamá. Fue duro lo que vivieron nuestros viejos.

—¡Ay, ya sé, Elias, me queda clarísimo! ¿Y a ti no te parece duro cargar con el peso de algo que ni siquiera viviste?

—En mi casa no se habla de los años de la dictadura. Es más, creo que desde lo del juicio, justo. Pero antes tampoco aparecía mucho el tema.

—Pues mi mamá no para y mañana, encima, vamos a ir a Migración a ver si conseguimos unos papeles que necesitamos para que el expediente esté completo de una buena vez.

—Bueno, pues de cualquier modo vas a tener que tomártelo con calma porque esas cosas son lentas.

—No me lo puedo tomar con mucha calma ya. El trámite éste lo empezó mi mamá hace un montón.

—¿Y luego?

—La verdad que no sé —dice Clara apurando el whisky de un trago—. En algún momento se dejó de hablar del tema en la casa y yo asumí que lo habíamos perdido. Luego mi mamá empezó con sus cosas —resume, como lo ha hecho tantas otras veces, con su fórmula eufemística favorita, lo que ha pasado con su madre—, la situación se puso cada vez más difícil y de a poco me fui haciendo cargo de ella. Al principio el dinero no era un tema tan importante porque Mariano pagaba los gastos de la casa, pero cuando nos separamos tuve que hacerme cargo de los de mi mamá y de los míos.

—Y entonces te acordaste.

—¿De qué?

—¡Del juicio!

—No, si te digo que yo borré por completo el tema del mapa. Fue mi papá quien me lo recordó.

Cuando su papá le dijo que se iba a vivir a Argentina, Clara no supo si sentía más tristeza o rabia. Le enfurecía que se retirara como campeón de un reto que la incluía a ella como parte de las misiones cumplidas; le entristecía que, una vez más, la mirada de su padre le borraba del cuerpo relieves y oquedades para dejarla convertida en una superficie chata contra la cual proyectar sus propias figuraciones, que no la viera a ella, sino a un ideal de mujer de treinta años que él se había construido por medio de quién sabe qué presunciones. La había citado en un Sanborns, como hacía siempre que tenía algo importante que decir.

—¿Pero no era que ibas por lo de la casa del abuelo?

—Sí, en principio iba por eso nada más, pero estuve pensándolo.

Estoy jovato, Clara, y trabajo desde los catorce años. Quiero pasármelo bien, descansar, que nadie me esté chingando.

Aunque Clara deteste la selección léxica del mexicano que su padre ha ido incorporado a su habla cotidiana, y el acento forzado con que pronuncia tales palabras, esa vez le perturbó más lo que decía que cómo lo decía.

—Vos ya estás grande —añadió su padre— y, además, sería lindo regresar a Buenos Aires en otra onda, tranquilo.

Clara miraba fijamente la mesa. Sentía que esa situación la había vivido mil *y* una veces, aunque no era capaz de enumerar una sola. Le parecía que era armar un papelón —como dicen en Argentina— no recibir la noticia con la madurez que se esperaba de una mujer de su edad. No quería hacer un pancho —dirían en México—, pero no cumplía con la expectativa genérica en la que se apoyaba su padre para tomar decisiones. Sin levantar la mirada, Clara tomó el papel que había quitado a su popote y comenzó a cortar pedacitos que luego sobaba entre el índice y el pulgar de cada mano hasta hacerlos pequeñas bolitas que dejaba sobre la mesa delante de ella. Sentada frente a su papá, sin poder decirle nada, le parecía tener seis años de nuevo y escuchar, por primera vez —lo escucharía muchas veces más— que se iba de la casa, que la iba a seguir queriendo, que eso no iba a cambiar, que de hecho las cosas no iban a ser tan diferentes porque ella y su mamá iban a seguir viviendo ahí…

—¿Y qué vas a hacer con el departamento? —le preguntó Clara a su papá.

—Lo voy a vender. Yo calculo que con eso y unos cuantos mangos que tengo ahorrados, estoy del otro lado.

—¿No era que se había vendido la casa del abuelo?

—Sí, bueno, con lo de la casa de mi viejo a lo sumo me compro un bulín en Villa Fiorito —dijo su papá, buscando una complicidad en Clara a la que ella no respondió; no sólo porque no tenía ni idea dónde quedaba eso, sino porque le molestaba que su padre insistiera en que, junto con el material genético que aportó, le había transferido un archivo con el plano de Buenos Aires, las rutas de los colectivos y la lista de los principales billares, cafés y pizzerias.

—Pa —dijo Clara con vergüenza disimulada por cierto descaro—, ¿y no puedes dejarme el departamento a mí?

Su padre, que sólo pudo notar el descaro en el tono, la miró con una sonrisa socarrona.

—No, en serio —dijo Clara, sobando de nuevo las bolitas ya formadas.

—Pero si me dijiste recién que te gusta el departamentito que te conseguiste.

—Sí —respondió encendida de golpe—, antes de saber que te ibas a quedar a vivir allá. No voy a poder, papá. El departamentito es sólo la mitad de lo que tengo que pagar de renta, en julio se termina el proyecto en el que estoy ahora, ya le debo dos meses al casero de mamá y ella sigue sin aceptar su situación.

—Che, ¿y qué pasó con lo del juicio de tu mamá?

—¿Qué? —preguntó Clara molesta, al tiempo que levantaba la mirada que había hundido en la almohada de sus palmas para suavizar su fracaso.

—Con lo del juicio, lo de la reparación.

—Y yo qué sé. Si no sabes tú que estabas con mamá cuando lo empezó…

—Porque eso es un montón de plata.

—Un montón de plata que no existe, que no tenemos.

—¿Pero sabés en qué va? ¿Sabés si tu mamá está en contacto con el abogado?

—¿Qué? —preguntó otra vez ya sin energía— Bueno, ya está. Ya entendí. Hay formas menos rebuscadas de decirme que me las arregle como pueda.

—¡Pará, Clara! No te estoy diciendo que te las arregles como puedas, te pregunto porque con la pálida de tu mamá —ése era el eufemismo predilecto de su padre—, esa guita puede ser una enorme diferencia. Y tu mamá sola no lo va a hacer, se necesita que alguien esté *chingue y jode, chingue y jode* todo el tiempo.

Clara apretó los dientes y dejó pasar, otra vez, el horrible acento mexicano que intentaba su padre.

—¿Pero no lo habían hecho, ya? ¿Y lo de los testimonios y las declaraciones?

—Sí, bueno, lo empezamos, pero nos faltaron unos papeles y tu mamá se desentendió del asunto.

—¿O sea que eso todavía está en proceso?

—¡Claro! Bueno, si alguien se encarga de continuarlo.

—Y si alguien le paga al abogado.

—¡No! Si el abogado toma su tajada una vez que sale la plata.

—¡Ah! ¿En serio? Pues entonces sí es una opción. Voy a preguntarle qué onda a mamá con eso.

—Che… hagamos algo —le dijo su papá cuando Clara ya estaba lista para cambiar de tema—, quédate a vivir en el departamento, pero hínchalo al abogado para que saque el juicio.

—¿En serio? —respondió Clara incrédula, con los ojos llorosos y una sonrisa casi más grande que su sorpresa.

—Una vez que salga el juicio, me comprás el departamento *con esa lana.*

—¡Sí, sí, sí! Cuando salga el juicio *con esa lanita te compro el depa* —dijo exagerando el acento de su padre en tono juguetón.

Su padre sonrió con recelo.

—Es más, si sale el juicio, te alcanzo en Argentina —añadió Clara.

Su padre frunció el ceño.

Despreocupado, Elias echa la cabeza hacia atrás y saca la lengua para atrapar con ella la espuma que se desliza hacia abajo a través de la botella.

—Ojalá la interrupción no lo haya complicado más —dice mientras saborea las últimas burbujas de cerveza—. Digo, si ni haciendo las cosas con constancia y puntualidad salen como deberían…

—De cualquier manera, el abogado que lleva el caso dice que sólo nos falta el comprobante éste, que espero nos den mañana.

—Pues ojalá, porque todo lo que tarden ustedes aquí, les da tiempo allá para encontrar nuevas formas de no pagarles la reparación. Es más, si tardas lo suficiente, cambian de administración, cambian los responsables y, en una de esas, se inventan artículos o enmiendan las leyes para detener todos los casos.

—¡Bueno, ya! No me amargues con esas cosas.

—No, si no lo digo por amargarte, lo digo para que no aflojes.

—¿Que no afloje? ¿Tienes idea del tiempo, la energía y el dinero que he invertido hasta ahora?

—Ya, perdón. Perdón, te estaba apoyando.

—Te estabas apoyando en mí, querrás decir, y con intención de sumirme.

—¿Cómo?

—Nada, cambiemos de tema —concluyó, todavía ofendida.

—¿Y ahora?

—¿Qué?

—¿Qué quieres hacer?

—No sé.

—¿Hay chance de que cojamos todavía?

SER CLARA

Amurallado detrás de grandes puertas de metal cuyos bordes superiores están protegidos con cables de alta tensión, se levanta un robusto edificio de cinco pisos de concreto. Allí mismo, hace poco más de un año, vivía Clara con Mariano. Habían salido durante varios meses antes de irse a vivir juntos al departamento de la familia de él. Desde el principio, Clara trató de buscar otro lugar, un espacio del que pudieran disponer libremente para montar su casa. Mariano, que por primera vez iba a vivir lejos de sus padres, no veía inconveniente en aprovechar las facilidades de esa filial que, además —justificaba— llevaba años deshabitada; lo que no aclaraba era que el departamento estaba deshabitado porque su madre no soportaba la idea de que los inquilinos hicieran cambios en ese lugar que le pertenecía hasta en ausencia, y había preferido prescindir del dinero de la renta con tal de no lidiar con los muchos ajustes y negociaciones que supone alquilar un espacio.

Cuando Mariano le enseñó el departamento por primera vez, Clara no consiguió entender la arquitectura del sitio. El lugar mutaba, se ampliaba y se reducía de formas extrañas a través de puertas corredizas que creaban habitaciones y balcones que se conectaban entre ellos y con el cuarto de servicio. Durante los primeros días, él había designado funciones para los diferentes espacios reproduciendo, en una suerte de versión 2.0, la configuración que tenía el departamento cuando vivía allí de chico. Para tratar de contrarrestar ese efecto, en menos de tres meses Clara había adoptado cuatro gatos que habitaron plenamente cada uno de esos cuartos donde siempre habían estado prohibidas las mascotas. A diferencia de los felinos, Clara se perdió en la genealogía virtual de ese laberinto que empezó a llamar casa, más por amor a Mariano que por apego al lugar.

La puerta vibra con un sonido sordo y se abre. Clara entra y avanza por el garaje. Uno tras otro, en hileras de cinco, la recibe una caravana de coches nuevos, casi todos recién lavados. Atraviesa un vestíbulo con paredes de cristal, se detiene y espera a que Mariano le mande el elevador. De un solo movimiento, Clara entra y da media vuelta para recuperar la vista hacia el exterior, hacia donde mira

expectante hasta que las dos hojas metálicas se cierran justo frente a ella, entre sus ojos.

—Se te hizo temprano.

Esa brusca entrada en el departamento, sin el interludio de un pasillo común o de un espacio de mediación, siempre inquietó a Clara, y ahora que juega de visitante todavía más, pues elimina cualquier posibilidad de identificar si esta vez Mariano es él mismo o su versión empresarial que evalúa las condiciones de riesgo-beneficio.

Mariano, de pie frente al elevador, ocupa, a lo largo y a lo ancho, casi todo el hueco que dejan las puertas de acero al abrirse. Tiene puestos los pantalones del pijama de coyotitos que compraron en Badlands, Dakota del Sur, cuando recorrieron Estados Unidos en coche de una costa a otra. Eso, el irremediable remolino en el pelo con el que Mariano despierta todos los días y los gatos que dibujan ochos entre sus piernas distraen a Clara del tono de cordialidad aséptica que él ha establecido en sus últimas conversaciones.

—Perdón, supongo que tanto pasarlo con mi mamá ya me alteró hasta la noción del tiempo —dice Clara saliendo del elevador—. ¿Me regalas un vaso de agua? —da unos pasos en el recibidor.

Mariano mueve la cabeza afirmativamente con desgano, le da la espalda y enseguida voltea a verla brevemente, justo antes de perderse detrás de la pared blanca del antecomedor. “Versión empresarial”, piensa Clara, que amaga con agacharse a acariciar a los gatos que ahora se restriegan contra ella, cuando Mariano hace sonar, desde otra habitación, una caja de croquetas. La comitiva felina se atropella en busca del origen de aquel sonido y Clara se queda ahí, de pie en el recibidor, con las puertas del elevador ya cerradas detrás de ella. No sabe si avanzar hacia la sala y sentarse en los horribles sillones color caca que él compró en una tienda de pieles importadas de Italia o ir, también ella, hacia la cocina. La primera opción le parece una hipocresía: jamás, mientras vivió ahí, se sentó a tomar nada en la sala a menos que hubiera visitas; la segunda opción sería lo natural para ella, si no se le hubiera hecho temprano, si no estuviera pidiéndole un favor y si él no pareciera más cerrado que un banco en día feriado. Incapaz de decidirse, Clara asume su posición, descargando la mochila que hasta entonces llevaba colgada de un hombro.

Nada de lo que tiene frente a ella da cuenta de su partida. Es cierto: afuera, en el balcón, hay menos plantas. Más allá de eso, todo se ve bastante parecido a cuando vivía ahí. Sólo ahora, terminada la mudanza, se percata de que ninguna de sus pertenencias modificaba el espacio: los cuadros, los cientos de figuras de animalitos traídas de distintos lugares del planeta, los muebles pesados de arce, el equipo de sonido… hasta los gatos, todo es de Mariano. Todo siempre fue de él. "En la biblioteca”, piensa, “debe faltar viveza criolla”.

—Cambiaste el orden de los sillones —señala Clara mientras él cierra la puerta que da al antecomedor, donde se escucha un acelerado crujir de croquetas.

A Mariano no parece sorprenderle encontrar a Clara prácticamente en la misma posición en la que la dejó. Se para frente a ella, le ofrece el agua y la observa en silencio mientras bebe. Ella inclina la cabeza hacia atrás sin dejar de verlo, sus dientes se refractan enormes en el fondo del vaso de vidrio. Cuando lo vacía, se lo devuelve a Mariano que lo toma incrédulo, como esperando encontrar algo dentro. Él se gira un poco y con el brazo izquierdo alcanza un juego de llaves de un pequeño llavero que cuelga de la pared.

—Toma —le da las llaves y extiende el brazo derecho con la palma invitando de nuevo hacia el elevador—. Dile a Miguel que te abra el garaje para salir.

—Gracias. En serio.

Mariano mueve la cabeza afirmativamente. Hasta ahora ha conseguido evadir la mirada de Clara y ha establecido, con el trazo de sus extremidades, un área estrechísima que apenas le permite a ella permanecer en el departamento.

—Cuando lo traigas, le tocas a Miguel y le dejas las llaves a él — avanza un poco hacia la puerta metálica del elevador, reduciendo aún más el espacio de Clara.

—Perdón, Mariano, a mí tampoco me gusta necesitar tu ayuda.

La velocidad furiosa con la que voltea a verla se suspende al encontrar los ojos de Clara. Su cuerpo se infla en una inhalación que parece no terminar, la exhalación no llega y Mariano ocupa cada vez más espacio. Clara lo ha visto perder el control contadas veces: una sola durante una discusión con ella, cuando apenas empezaban a vivir juntos; las demás con su familia. Reconoce ese proceso de acumulación de aire y la forma en la que termina, pero eso no la detiene, al contrario.

—Podrías haberme dicho que no si tanto te amarga, podrías haberme dicho “hazle como puedas, no quiero saber más de ti”. Pero en vez de eso, aceptas, no dices nada. ¡No dices nada! ¿Cómo esperas que sepa si encima me has insistido tantas veces con que me lleve el auto?

—¡Exacto! —grita con los brazos abiertos y los dedos estirados. Su alcance se multiplica en esa extensión que va casi de una pared a otra del recibidor—. Que te lleves el coche, que me lo acabes de pagar después o que no me lo pagues nunca, da igual, pero lo que es una mamada es que no te acabes de ir.

Mariano comienza a caminar erráticamente por el recibidor. Con un andar tenso dibuja, una y otra vez, el trazado con el que antes

había intentado sugerirle a Clara que se fuera, aunque ella se había empeñado en ignorarlo.

—En serio, Mariano. Pudiste haber sido más claro antes y nos hubieras evitado todo esto, ahora me jodes el día, el plan completo. Me jodes todo, Mariano.

—Yo no te jodo nada. ¿No te das cuenta? Eres tú la que jodiste todo, aunque parece que todavía te quedan ánimos.

Clara mira a Mariano con rabia, pero desvía la mirada cuando se da cuenta de que tiene los ojos vidriosos. Vuelve a colgarse la mochila del hombro izquierdo y pide el elevador.

—¿No ves? —pregunta Mariano con evidente dificultad—, estoy todo el tiempo tratando de acostumbrarme a estar solo para que te aparezcas cada tanto con una excusa cada vez más rebuscada… ¿En serio no eres capaz de verlo? ¿Cuánto tiempo tardaste en llevarte las cajas del cuartito? Y ahora el coche. ¿Qué chingados quieres, Clara?

—Estoy agotada, Mariano, física y emocionalmente agotada —Clara aprieta con insistencia el botón del elevador—, El tema con las cajas fue un asunto aparte, eran los libros de mi mamá; tú acá ni las veías porque usas ese cuarto de bodega, yo no tenía espacio para guardar veintitrés cajas de libros. ¿Tenemos que pasar por esto ahora?

Se abren las puertas. Clara entra y gira para ver a Mariano mientras impide, con una mano en el marco del elevador, que las puertas se cierren.

—No, tener no tenemos, y como las cosas suceden a tu modo y a tu ritmo, claramente, no lo vamos a hablar ahora.

—A veces puedes ser muy hijo de puta, ¿sabías?

Clara mueve su mano y permite que el sensor reciba el haz de luz necesario para cerrar las puertas. Éstas comienzan a cerrarse y es Mariano quien ahora impide el cierre con su cuerpo, obligando a Clara a dar un paso hacia atrás en el elevador.

—¿Ahora soy un hijo de puta? Si fuiste tú la que decidió que ya no quería estar conmigo. ¿Quién se levantó de la cania un día y empezó a empacar ropa en una maleta sin dar ningún tipo de explicación? ¡Ah, no, perdón! Sí diste una explicación.

Clara tiene la vista fija en el suelo.

—Dijiste que no soportabas que meara con la puerta abierta, que te despertaba todas las mañanas con el sonido de mi orina cayendo en el escusado y que no aguantabas más. ¿Te acuerdas? Tienes razón, soy un culero.

—Ése fue un arranque —dice Clara en voz baja, todavía mirando al suelo.

—¡Ah, bueno! ¿Entonces no cuenta? Porque después de eso te fuiste y en la noche me llamaste de casa de Adela para decirme que en

cuanto consiguieras un departamento te llevabas todas tus cosas. Así me informaste que nos separábamos. ¿Y yo soy un hijo de puta? —resopla.

Clara voltea a verlo y observa cómo, con cada respiración completa, Mariano recupera su tamaño habitual. Cuando le parece que está suficientemente desinflado, responde.

—Ése fue un arranque después de tratar de coger contigo por meses y de que acabaras planteando una negociación de dos veces por mes. Fue un arranque luego de tratar de motivarte a hacer las cosas que quieres, o que me dijiste que querías hacer en vez de seguir administrando el negocio de tu papá. Fue un arranque luego de que decidieras, una vez más, que preferías que nos fuéramos de vacaciones con tu familia porque cómo decepcionar a tu mamá. Y yo no decía nada porque, en algún momento, creí, ibas a darte cuenta de lo que estabas haciendo o al menos te iban a venir ganas de coger, pero al contrario. Cada vez nos parecíamos más a los gatos, echados uno junto al otro en el sillón sin que ningún tipo de impulso sexual modificara nuestras siestas. Fue un arranque porque necesitaba hacer algo drástico, porque me estaba quedando sin aire, porque cayó el chorro de pis y me hizo sentir miserable.

—Qué injusta eres, Clara. No se puede cambiar así como así, todavía estoy tratando, pero tú en vez de quedarte y acompañarme y ayudarme para salir juntos, me dejaste a que me rascara con mis propias uñas.

Clara vuelve la mirada al suelo. Los gatos han empezado a rascar la puerta para tratar de salir.

—Tenía que salvarme.

—¿Salvarte? A mí más bien me parece que eres tan egoísta que ni siquiera te diste cuenta de lo que me estabas haciendo.

Clara voltea a verlo. Miles de Marianos y miles de Claras se reproducen infinitamente en los espejos, a su lado. Mariano, desde todas las perspectivas, es enorme.

—Sí intenté moverte…

Los gatos maúllan al otro lado de la puerta.

—Y como no pudiste, abandonaste la empresa. Ok. ¿Y me vas a decir que estás súper bien ahora?

—No, tienes razón —dice en tono firme—, estoy de la verga. Estoy hecha mierda —dice remarcando la “r” como si pudiera embarrarle un poco— y te extraño como un puto perro, Mariano, y me pregunto todos los días si no la cagué terriblemente, si no me apresuré demasiado, si no debí quedarme más tiempo. ¿Y sabes qué creo? Creo que no daba más porque un pinche chorro de pis cayendo en el escusado me hizo querer arrancar de acá. No, no estoy bien, pero no

hubiera estado mejor quedándome.

Clara, desesperada, se abalanza para pasar al lado de Mariano hacia el interior del departamento y abrir la puerta que mantenía a los gatos encerrados. Estos, dando pasitos gráciles y desenvueltos, se apuran hacia el recibidor. Clara regresa más tranquila al elevador y Mariano, que no ha dejado su puesto para evitar que se cierren las puertas, la deja pasar y extiende el brazo para acariciarle la mejilla.

—Me llevo el auto. Luego hago cuentas y te mando un plan de pago —dice Clara, retomando—. Si algún día tienes ganas de llamarme, hazlo.

—De acuerdo —dice Mariano, y da un paso hacia atrás para permitir el cierre de puertas.

Clara pone la mano en la luz del marco.

—De acuerdo —repite imitando la gravedad de la voz de Mariano —. Solicito su apoyo para la supervisión del inventario del sector tres, licenciado.

Sonríen.

Clara quita la mano y las puertas comienzan a cerrarse.

—Chau.

—Chau.

El coche está igual que la última vez que ella lo usó. Clara supone que a Mariano sólo le quita espacio en el garaje para invitados o, lo que la hace sentir mejor de llevárselo, para invitadas. En cuanto enciende el motor, una de las puertas de metal se pliega para dejarla salir. Espera ver al responsable cerca, pero no parece ser Miguel, que después de entregarle las llaves se ha vuelto a meter en la caseta. Probablemente es Mariano el que abre con el control remoto desde alguno de los balcones. Clara avanza hacia afuera lentamente, por si acaso puede verlo en alguna ventana, pero no está por ningún lado. Sabe que Mariano tiende a guardar distancias incomprensibles en momentos improbables para protegerse de quién sabe qué ataques, pero, también, que cada vez que algo pareció violentarla en lo más mínimo, él la protegió con todo el cuerpo y con cualquier otro recurso que tuviera a la mano. Así había sido el día de los eufemismos, cuando Clara llegó a buscar a su madre.

Se detiene ante una mujer que atraviesa enfrente de la puerta y aprovecha para mirar por el espejo retrovisor, aunque no ve sino los cables de alta tensión que delimitan agresivamente la frontera que acaba de cruzar. Avanza más y la puerta se cierra atrás del coche. Nunca volverá a protegerla la infranqueable fortaleza de la que ahora sale. Clara se aferra al volante y se aleja.

Clara se hincó junto al nudo de miembros que temblaba bajo el

escritorio. Al oírla, la cabeza abandonó el amarre, se alzó despacio y reveló un rostro demacrado, de gesto rígido, contraído.

—¿Qué hacés acá, hija? ¡No, no, no, no! ¡Yo no te quería involucrar! ¡Perdóname, hija, perdóname!

—¿Estás bien, mamá? ¿Estás lastimada?

—Llamá a una patrulla, hija, llamá a una patrulla rápido, pedí refuerzos.

Al decir eso, su madre le había sujetado los brazos y Clara tuvo que forcejear para que no le encajara las uñas. La mirada de su madre parecía atravesarla hasta el hueso occipital e incluso llegar mucho más allá de ella, aunque tal vez la distancia que Clara percibió en esos ojos se debía a la profundidad con que su madre se había adentrado en sí misma.

Clara se levantó rápidamente de donde estaba y camino hacia el patio con el celular en la mano, dispuesta a marcar el 066.

¿Voy a llamar a una patrulla?

Clara miró el teclado del celular sin saber qué combinación de botones apretar. Miraba cada uno de los números y las líneas que separaban una tecla de otra, y éstas se unían al trazo vacío que había dejado el paso de la mirada de su madre en su cabeza. Un desconcierto total la inmovilizó por algunos minutos hasta que sus dedos reaccionaron por sí solos.

—Hola, guapa.

—Mamá está mal, Mariano. Muy mal. Vine por ella, me llamaron de la universidad que está atrás de su casa para que la recogiera, está hecha bolita abajo de un escritorio, me pide que llame a la patrulla. No sé qué hacer, Mar. No entiendo nada. ¿Llamo a una patrulla?

Clara intuía la respuesta, pero en ese momento necesitaba que alguien le reforzara su propia voz.

—Por supuesto que no, Clap. Voy para allá.

—¿Y qué le digo a mi mamá?

—No sé, que ya llamaste, que me llamaste también a mí.

—¿Y luego?

—No sé. Luego vemos.

Siendo niña, encontró resguardo en la escuela primaria; un lugar con el que sus padres habían dado por casualidad mientras vendían juguetes didácticos de puerta en puerta para conseguir algo de guita —esa cosa que aparecía, siempre, en voz de su padre, aunque en ocasiones la llamaba plata, mosca o, desde que hablaba mexicano, lana—. El día que tocaron el timbre de la escuela, hicieron un trato del que incluso Clara llegaría a sujetarse tenazmente: a cambio de varios juguetes para la ludoteca, Clara podía entrar a la escuela sin

pagar la inscripción anual. “Salimos a laburar y nos curraron los bagayos”, había dicho su padre con el tono más juguetón que conocía, mientras su madre miraba sonriendo a Clara, que daba pasitos distraídos tomada de su mano.

El lunes siguiente, sus padres la despertaron más temprano que de costumbre; su madre le puso los pantalones amarillos que tanto le gustaban e intentó desenredarle el pelo, aunque tuvo que conformarse con pasarle el cepillo por encima a la maraña de hilitos rubios que Clara lograba entretejer muy ceñidamente, quién sabe cómo. Llegaron a la escuela luego de dos largos viajes en Ruta 100. El pelo de Clara había reformulado los nudos disimulados por el cepillo, los pantalones amarillos se habían manchado de grasa y eran más de las ocho de la mañana. La puerta principal estaba cerrada, pero por una pequeña reja lateral de la barda de ladrillos de la escuela, uno de los profesores dejaba pasar a los niños, que iban filtrándose de a poco al interior. Está la inspectora y hoy tocan los honores a la bandera —explicó susurrando el profesor—, entren calladitos. Clara, temerosa, pasó también por esa entrada clandestina luego de una abrupta despedida con su madre, pero pronto llegaría a sentirse más cómoda que en su propia casa.

—Vos sos Clara, ¿no es cierto?

—Sí —respondió ella casi susurrando ante la mujer que la interrogaba en cuclillas.

—Yo me acuerdo bien de vos. Viniste con tus papás y nos dejaron muchos juguetes. Vení que te muestro tu salón y te presento a los demás chicos.

Sin comprender muy bien la situación, Clara tomó la mano que aquella mujer le tendía y, de a poco, fue familiarizándose con las cosas que ahí sucedían. La experiencia de otros muchos lunes que siguieron a ese le hizo entender que ahí nadie conocía el himno nacional de memoria y que en realidad a nadie le importaba demasiado. Aun así, forzados por la Secretaría de Educación Pública a hacer honores a la bandera, los lunes, maestros y alumnos debían pasar quince minutos más que de costumbre parados en el patio, tratando de cumplir con quién sabe qué expectativa de la inspectora de sector, que miraba no muy complacida la puesta en escena. Ésta, junto con otras actividades igualmente falseadas, lograba hacer pasar por escuela, ante las instituciones gubernamentales, ése que Clara sentía como un hogar.

El terreno enmarcado por la barda de ladrillos rojos, y las personas a las que allí conoció, representaron, para Clara, un espacio de seguridad muy particular. Casi todos los niños compartían una relación con el exilio. Conocían la palabra y el olor que generaba al decirse, aunque quizá no conocieran muchos detalles. Lo mismo

pasaba con “muertos”, “cana”, “desaparecido” y “tortura”. Nunca tuvo que preocuparse por responder “mande” cuando alguien la llamaba y si pedía algo suavemente, podía omitir el “por favor”. Todos decían o entendían “el coso”, “la sopapa”, “alcauciles”, “me estás haciendo doler” o incluso “rompebolas” y “pelotudo”… las cosas que se escuchaban en cada una de sus casas y que, sin ningún tipo de traducción —porque no la requerían—, pasaban a ocupar espacios en las conversaciones del colegio. Además, se discutía de todo. Entre los niños, con los maestros. Había una hora cada quince días reservada para hablar de asuntos de interés en cada salón. Y se hablaban cosas importantes: los de sexto siempre apañan la cancha, Matías me dijo que tengo envidia de él porque su papá no está muerto, los niños sólo quieren jugar fútbol, ¿los Montoneros eran como los Zapatistas? Todo tenía la misma importancia en esa escuela, a esa edad y en esos tiempos.

Al terminar sexto grado de primaria, como la escuela no tenía secundaria, Clara tuvo que ir a otro lugar. Nunca, hasta entonces, se había percatado de la distancia que existía entre su forma de hablar y la de la gente fuera de la escuela. Cuando no entendía algo, lo atribuía a su falta de conocimiento en general, y no a una carencia específica de su uso del mexicano. Tampoco había identificado la reacción incómoda de la gente frente a su particular soltura al hablar de ciertos temas.

—¿Entonces tus papás son argentinos?

—Sí.

—Pero tú no.

—No. Bueno, sí, pero nací en México.

—¿Y por qué vinieron a México?

—Vinieron exiliados.

—Ah…

—¿Y hace cuánto llegaron?

—Mi papá llegó en el 75 y mi mamá en el 76.

—Ah… Se encontraron aquí.

—No, se conocieron acá. Mamá vino con Ricardo.

—¿Quién es Ricardo?

—Su primer marido.

Clara solía decir más de lo que la gente esperaba oír y, al hacerlo, se exponía.

—O sea que además de revoltosos, coscolinos.

—¿Qué?

—Se dice “mande”, pero qué se puede esperar.

—Se puede esperar una carta o un paquete.

—¿Qué?

—¿No que“mande”?
—¿Qué carta?
—La que esperas que mande.

Mira el reloj. “Siete menos cuarto. No puede ser que ya haya tráfico a esta hora”, piensa Clara, luego de pasar por prácticamente todas las escuelas que hay entre Tacubaya y la San Pedro de los Pinos en su afán por buscar atajos; o más bien, en su afán de dar vuelta en cuanto tiene oportunidad porque le resulta casi asfixiante permanecer totalmente detenida durante el tiempo de luz verde que le asigna el semáforo. Hace mucho que se mueve en bicicleta, así que, mientras puede, sigue la ruta que hubiera hecho si no tuviera el coche.

Pasa al costado del mercado y sabe que está ya cerca del parque donde se encuentra, de vez en cuando, con su madre. Le gusta tanto ese lugar que consigue disfrutar esos paseos por muy lóbrega que sea la conversación que mantienen. La calle desemboca frente a la pared de árboles que Clara esperaba ver y su espalda, hasta entonces rígida por la prisa, descansa contra el respaldo del asiento. “Ya sólo falta agarrar un cachito de Revolución, Mixcoac y luego todo es más rápido”. En general, sus caminos son más rebuscados o más lentos, pero al menos tiene la sensación de avanzar.

No toda la gente reaccionaba de forma agresiva ante la desfachatez de Clara, pero después de varias discusiones poco afortunadas, comenzó a desarrollar una profunda desconfianza frente a las palabras. Una desconfianza que se le volvió familiar y a partir de la cual, poco a poco, empezó a reconocer su propio lenguaje. “No estoy siendo clara”, se dice muchas veces cuando trata de comunicarse sin lograrlo, o cuando trata de armar una idea lineal en su cabeza, y ésta es, probablemente, la única construcción lingüística que considera atinada en esos casos. Clara detesta ser un adjetivo y en particular ése que le resulta tan ajeno.

Quizá por eso le sorprende que la hayan contratado como editora y, aún más, que haya mantenido el puesto. Su discurso es intermitente: requiere mucho tiempo para encontrar las palabras adecuadas y, en la mayoría de los casos, apresura las pausas que incomodan a su interlocutor con un neologismo que condensa sus necesidades y le evita discernir entre una palabra y otra. Así ha llegado a formular engendros como *calornoso* (por calor y bochorno) o *extravolar* (por extrapolar y valorar); oraciones como “estoy un tanto circunspecta” y “no brindo porque me bebo”. Este suicidio léxico o gramatical tiene lugar casi siempre cuando está cómoda; en situaciones más formales, en las que se espera que responda y resuelva, que establezca prioridades o dé opiniones concretas, se

desata en su cabeza una batalla entre su impulso (des)articulador y su esfuerzo por mantener las formas. En el mejor de los casos, el resultado es la emisión de monosílabos más bien crípticos, o bien una perorata incomprensible que se desdice, zigzaguea y se repliega hasta volver al punto de partida. La mayoría de las veces, la contienda se resuelve en una expresión inoportuna que barre con cualquier amago de normalidad y detona miradas de complicidad entre los otros.

Tampoco entiende cómo es que mantiene ese puesto, porque de los libros que lee retiene muy pocos episodios. En ocasiones olvida el argumento completo y es incapaz de recordar, las más de las veces, datos biográficos de los autores. Mezcla títulos, épocas y personajes. Cuando se empeñan en hacerla recordar una historia, suele tener la sensación, a medida que se la relatan, de saber lo que sigue, pero es sólo la huella de la lectura, sin el referente de aquello que la generó. Muchas veces se regodea en ese rastro, en la modificación que se genera en su ánimo y los estímulos olfativos que evoca. Aun así, es incapaz de reconstruir las acciones y recordar el argumento, incluso con el empujón que le ofrecen. Su despliegue de erudición, por tanto, es nulo.

En las conversaciones que sus colegas, hombres todos, establecen en el descanso de la escalera de servicio cuando salen a fumar, Clara se mantiene al margen. No sólo porque no fuma, sino porque, aunque intenta estar alerta a lo que dicen, pronto se aleja prendida de una frase que le sugiere muchas otras vías que no están en discusión. En general esto pasa desapercibido para los demás, que pueden pasar horas tirándose nombres, títulos y datos curiosos a la cara hasta que queda establecido entre ellos, los editores, quién es el más docto, quién el más ingenioso o el más elocuente. Clara no entra en esas eliminatorias porque no participa de la discusión, pero quizá también porque a ella ya le asignaron un adjetivo hace treinta años. En cualquier caso, a nadie parece importarle su opinión. Nadie le pregunta y ella, de todas formas, no sabría responder en los mismos términos. Cuando está de ánimo, para tratar de frenar la rebatinga de créditos y reorientar la conversación hacia cosas menos almidonadas, cuela algún comentario que suele pasar por burdo: “A toda madre Huysmans y Foster Wallace, ¿pero vieron que la señora de los tlacoyos ya no se pone los martes?” Las más de las veces, sin embargo, cuando todos terminan de fumar, Clara vuelve en silencio a trabajar a su oficina.

—Las mujeres pensamos distinto —le había dicho un día su madre cuando, por hacer conversación, Clara le contó su frustración respecto de las dinámicas de la oficina—. Las mujeres incorporamos; cuando nos gusta algo lo incorporamos, me entendés, ¿no? Sea un dedito, un pene o un libro entero. Por eso después es tan difícil decir de dónde

vino, porque ya lo hicimos nuestro.

—Lindo florilegio de penes tendría yo a estas alturas según tú —había bromeado Clara, y su madre había reído a carcajadas sin decir si reconocía lo absurdo de su propio comentario o sólo celebraba el ingenio de su hija.

De cualquier manera, sabe que no puede sostenerse mucho tiempo de ese trabajo, que tarde o temprano también esa liana va a cortarse. En realidad, sabe muy bien que no existe tal cosa como una liana a la que pueda aferrarse, pero siente que si no se sujeta a algo, se va de boca. Piensa en Mariano. Con él, cree, hubiera podido abandonarse, dejar caer todo el peso de su cuerpo y estar segura de que nunca tocaría el suelo; la verdad es que Mariano no habría tenido que sostener nada, porque Clara era cada vez menos Clara.

La condición de su madre empeoraba tanto cada vez que la veía que, tal vez por compensar, había adoptado a la familia de Mariano como suya. A tal punto se había ido acoplando al muégano familiar de él, que había aprendido a ignorar sus intereses, sus modos y sus límites. Se ajustaba a los estrictos itinerarios que planeaban; sin esperar, como al principio, cierto espacio para la espontaneidad o el recogimiento. Así se fue olvidando de su fascinación por cambiar los planes al último minuto siguiendo cualquier ínfimo guiño, como pasar por el puente colgante más viejo de Suchitlán o quedarse más tiempo en algún lado sólo para ver cómo era despertar ahí. La sonrisa, que inicialmente se le dibujaba de manera natural. se le empezó a entumecer cuando entendió que en esa familia no había lugar para la variación, para su cansancio o sus enojos. De a poco, el tiempo que tenían para estar juntos se volvió de todos y cuando por fin Clara conseguía tiempo a solas con él, se descubría sentada frente a una gran pantalla de plasma, observando a Mariano mientras él jugaba. Sin saber cómo, había quedado enredada entre los múltiples cables de los varios controles de las muchas consolas de videojuegos, hasta el punto de perder el hilo de casi todo lo que tenía por decir. Vacía, como estaba, a Mariano no le hubiera costado nada sostener ese mero cascarón.

Un par de meses antes de irse pasó la noche en vela, con taquicardia y sudando frío. Estaba petrificada en su lado de la cama, esperando que fuera la hora para ir a una clínica a hacerse la prueba del VIH, convencida de que llevaba años viviendo con la enfermedad de transmisión sexual, en modalidad asintomática, y que a esas alturas ya se la habría contagiado a Mariano. Al día siguiente, sorprendida por los resultados negativos de los estudios, comenzó a buscar más allá del cuerpo las razones de su angustia.

Tenía que escapar, salir rajando, decía ella, y lo hizo como pudo. A

veces piensa que debió haber esperado más a que Mariano reaccionara, que debió haberle insistido más, hacer más explícito su hartazgo. Pero se le escapa que Mariano no estaba, como ella, al borde de la asfixia; es más, Mariano, a diferencia de ella, formaba parte de aquel amasijo familiar y no tenía la menor intención de moverse de ahí. Se lo dejaba muy claro cuando pasaba el día frente a la televisión.

En el fondo Clara sabe que tiene que dejar de buscar lianas y empezar a manejarse por sí misma.

Lleva mucho tiempo atorada en el semáforo de Churubusco e Insurgentes. Avanza un poco y mira su muñeca izquierda. Sin alcanzar a descifrar la hora, regresa la mano al volante para no seguir viendo ese reloj que tanto le molesta. Lo mira de nuevo, de reojo. Son más de las siete y diez. Acelera para alcanzar a cruzar en amarillo los semáforos antes del puente de Universidad. A esa hora, cuando todavía no se ha formado el invariable embudo de coches sobre las avenidas de la ciudad, Clara disfruta el placer irreflexivo de rebasar, esquivar y correr entre los obstáculos de la calle. “Poder ir a donde quiera y moverme sola. Subirme al auto y no parar”, se repetía a los quince años. En ese entonces, aprender a manejar se le había vuelto una obsesión, como si fuera el *know how* de la independencia. Aprendió en el coche de su novio, que le doblaba la edad y era el psicólogo de su grupo en la escuela.

Lo había idealizado desde los trece años, al poco tiempo de entrar a la secundaria. Y ese mismo año, cuando ya no pudo más, en un arrebato tan ingenuo como torpe, le confesó su amor. Esa vez él reaccionó como cualquiera —incluso Clara— hubiera esperado: le explicó que a su edad era muy común confundir la admiración por un profesor con amor y que, de cualquier manera, las circunstancias hacían imposible una relación entre ellos, más allá de la que promovía la escuela. Pero al parecer la escuela no era muy explícita con sus límites. Clara lo evitó por vergüenza durante algún tiempo, pero después volvieron a hablar y el vínculo entre ellos se estrechó cada vez más, ya no desde la idealización, sino desde la convivencia. Todos los días, Clara regresaba de la escuela con él y, en el trayecto, compartían música, libros, películas, frustraciones y hasta sueños:

—Ayer soñé contigo —le contó Clara antes de bajarse del coche en la glorieta de Miguel Ángel de Quevedo y Universidad—. Soñé que te explicaba que quería besarte, pero no porque pensara que podía pasar algo entre nosotros, sino porque ya no sabía cómo más expresarte lo mucho que te quiero.

Más tarde empezaron a verse a escondidas de la gente de la escuela, de los padres de Clara y de la esposa de él.

—Sabes que estoy casado y que todo esto tendría que ser siempre

un secreto —le había dicho luego de besarla durante un campamento escolar—, así que tú decides.

También la primera vez que cogieron Clara pensó que había sido su decisión; creer que ella decidía fue la forma de independencia que conoció junto a él.

—Falta más de una hora para que empiece la película, ¿te importa si pasamos antes a casa de Carlos? —le preguntó en cuanto Clara subió al coche—. Necesito unos libros para preparar la clase de mañana.

Carlos no estaba, pero él, luego de interpretar una escena de desconcierto y frustración, interpretó otra de iluminación repentina: fingió recordar que su amigo dejaba siempre una copia de la llave debajo de la maceta de la entrada. Era la primera vez que estaban a solas y Clara —que había aceptado su representación sin atisbo de duda— se convenció de que no podía desaprovechar todas aquellas casualidades. Sentada sobre él, mientras le desabotonaba la camisa, se acordó de que no estaba depilada. Consideró suspender la iniciativa, pero pensó que, a su edad, él ya se habría enterado de que las mujeres tenían pelos. También por la edad creyó que él sabría provocarle un orgasmo, pero en ninguno de los casos acertó. Por temor a dejar de interesarle, fingió que se había venido y así lo hizo el resto de las veces que cogieron hasta que se cansó de complacerlo.

Más de una vez, y no sólo en sus relaciones amorosas, ha confiado en esa independencia aparente que, casi siempre, la deja desamparada, entre la tristeza y la culpa.

También creyó que era ella quien decidía cuando, años después, luego de una violenta discusión con su madre, llamó a su papá para pedirle que la dejara vivir con él y éste le ofreció, como respuesta, apoyarla económicamente para que se fuera a vivir sola; “si querés”, así le dijo. Clara, en un principio entusiasmada, aceptó. Le emocionaba la idea de llegar a la hora que le diera la gana o simplemente no llegar, lavar sólo lo indispensable y hasta que no hubiera otra opción… pero en realidad no sabía muy bien lo que implicaba vivir sola; lo único que ella había pedido era ir con su papá.

Las discusiones entre sus padres se alargaron varias semanas. Aquella fue de las pocas ocasiones en que su madre se encerró en el consultorio para hablar por teléfono, de modo que Clara nunca supo con exactitud lo que sucedía. Al final se enteró de que su madre, que en un inicio se negaba rotundamente a que ella viviera sola, tuvo que ceder ante la evidencia de que faltaban sólo seis meses para que Clara cumpliera la mayoría de edad: era ridículo tratar de retenerla.

Conforme se acercaba la fecha de la mudanza empezó a sufrir episodios de migraña cada vez más frecuentes. Sentía mareos, náuseas y una profunda tristeza, pero no se iba a achicopalar —como dirían en

México—, ya era muy tarde para apichonarse —hubieran dicho en Argentina—. En cualquier caso, la convivencia con su madre era insostenible, así que "decidió" irse a vivir a un estudio muy pequeñito que encontró cerca de la universidad.

El dinero periódico que su papá le prometió llegaba tarde y a regañadientes, y siempre tras una larga serie de lamentaciones sobre la falta de laburo, sobre lo difícil que estaba la situación: están todos viendo cómo jinetear la mosca —decía, antes de prometerle que la próxima semana le pasaría el resto de su parte de la renta.

La fantasía de agarrar el coche y no parar más que para cargar gasolina, dormir y comer todavía se le presenta de vez en cuando; tal vez porque, en el fondo, aún no reconoce que su independencia sigue sujeta a los deseos y disposiciones de otros. "A la verga con todos", se repite frecuentemente, a modo de mantra, como si fuera su decisión.

CENIZAS

Pasa frente al portón del edificio de su madre y sigue hasta la calle del Superama, como habían acordado. Se detiene y mira el reloj. Pasan de las siete y cuarto; da igual qué minuto sea, piensa Clara. De todas formas, su madre no está donde quedaron de verse. Busca un lugar para estacionarse y sólo entonces alcanza a verla, fumando en la otra esquina, de pie frente a la olla de latón de un señor que vende tamales.

—¡Mamá! —la llama sacando la cabeza por la ventana del coche todavía encendido.

Su madre no se entera. El señor de los tamales se vuelve en dirección a Clara y le dice algo a la madre, que mira hacia ella con el ceño muy fruncido y adelantando la cabeza unos centímetros, como para ganar distancia. Clara agita el brazo y su madre sonríe; le hace señas para que se acerque. Clara vuelve a meterse al coche, apaga el motor e inhala largamente, con toda la espalda apoyada contra el asiento, hasta sentir los pulmones hinchados de tanto aire.

—¡Claruuu!… ¡Claruuuu! —la voz de su madre suena emocionada, casi eufórica.

Clara exhala deprisa, resoplando, toma las llaves, se baja y camina con pesadez hacia donde está ella.

Conforme se acerca, la mira. Su madre tiene puestos unos jeans, un suéter beige de cuello alto que alguna vez fue suyo y unos mocasines negros que Clara no le conocía. Tiene el pelo —que por alguna razón se mantiene sano y de un gris brillante— amarrado en una cola de caballo baja, sujeto con un broche delgado de plástico negro.

Todavía después de que sus padres se separaran, y antes de que Clara se fuera a vivir sola, su madre tenía una linda colección de broches: dos de carey muy sencillos que habían sido de su abuela, uno hecho de tres líneas de plata y el único que ahora recuerda Clara, ese que, sosteniendo el cabello de su madre, dejaba ver sólo un delgado círculo de bronce con una turquesa chiquita en el centro. ¿Qué habrá sido de ese broche? No pregunta; ya no pregunta nunca nada acerca de las pérdidas de su madre porque la respuesta siempre es la misma: “Esa vieja de mierda, hija, no sabés todo lo que me robó”. Quién sabe

cuántas cosas no habrá regalado en un momento imprevisto de desprendimiento del que ya no se acuerda, y cuántas otras no se le habrán ido por el escusado, como pasó con su dentadura postiza. Pero lo cierto es que muchas se quedaron dentro de casa de su madre —de esa que solía ser su casa antes de que la desalojaran.

Clara había temido el desalojo desde un año antes de que sucediera, cuando se enteró de que su madre había dejado de pagar la renta.

—Pasá rápido —le había dicho su madre mientras Clara, haciéndose una visera con las manos, miraba con pena el estado del jardín—. Pasá, pasá.

—¿Qué onda, nía?

—¿Qué onda de qué?

—Pues con que me arrees así, ¿y si nos quedamos acá afuera?

—No, en el jardín nos ve esa infeliz.

—¿De quién hablas?, ¿de Lupino?

—Shhh. Calíate y pasá —susurró.

Clara pasó. Hacía un frío polar que ya había sentido alguna vez dentro de la casa. Su madre, encorvada y cubierta por un mantón de lana, se sentó frente a ella en el sillón.

—¿Por qué no prendes el calentador en vez de usar tres suéteres y cubrirte toda entre mantas?

—No sirve.

—¿Hace cuánto no sirve? Me hubieras dicho, ma. Cuando me vaya me lo llevo a arreglar.

—No, no es eso. No sirve porque no hay luz.

—¿Se fue hace mucho?

—Algo, sí.

—¿Y llamaste a la compañía de luz?

—¡Ay, Clara! ¡Sí, yo qué sé!

—Bueno, no pregunto por joder, pregunto porque estás acá, cagándote de frío y luego se te va la onda de cómo funcionan las cosas más elementales. ¿Y qué pasó con Eugenia Lupino que ahora la odias?

—Me robó.

—¿Cómo que te robó? ¿Qué te robó?

—El dinero de la renta y quién sabe cuántas cosas más de las que todavía no me doy cuenta.

—¿Pero Lupino, mamá? ¿Por qué crees que ella te robaría?

—Me robó, ¿podés entender eso? —dijo levantándose para tomar un cigarro de la cajetilla que estaba sobre la mesa del comedor—. Yo tenía el dinero de la renta en un sobrecito acá en la alacena y no está

más —prendió el cigarro y continuó de pie Junto a la mesa—. Si ya se lo cobró, ¿por qué voy a pagarle de nuevo?

—¿Y hablaste con ella? A lo mejor entró alguien de fuera.

—¡Qué va a entrar alguien de fuera! Fue esa vieja de mierda —respondió volviéndose a sentar en la sala, apretando la mandíbula y frunciendo el ceño en un exceso casi teatral.

—Pero, ma. ¿Qué onda?

—¿Qué onda? ¿Qué onda? —dijo acercándose a Clara con el mismo gesto apretado y blandiendo el índice frente a su cara—. ¿No sabés decir nada más? ¡La onda es que me violenta! Que se mete a mi casa, que me saca mis cosas, que está todo el tiempo espiando para desquiciarme. No puede conmigo, con lo que soy, con la mujer que soy. No soporta ser mujer ella misma y por eso me ataca. Porque ve en mí algo de ella que no soporta y por eso me ataca. ¡Me está arruinando el consultorio!

—¿Qué?

—No pongás esa cara de no entender lo que te digo —exigió, conteniendo el humo de la última pitada.

—No pongo ninguna cara, sólo no entiendo lo que me dices. ¿Cómo que te está arruinando el consultorio?

Su madre apuró la salida de humo.

—¡Eso! Que tiene intervenido el consultorio, así como hizo con el teléfono. Es muy delicado lo que sucede durante consulta y si…

—Espera, espera. ¿Qué del teléfono?

—Eso, que lo tiene intervenido.

—¿Qué? ¿Otra vez con el tema ése? Todo esto no tiene ni pies ni cabeza, mamá. ¿De qué carajos estás hablando? Es una locura.

—¡Claro que es una locura! Esa sinvergüenza está loca y tiene mucho poder, por eso me está jodiendo. ¿A dónde vas? —preguntó al ver que Clara se alejaba hacia la cocina— Si vas a hacer café tenés que usar la estufa de camping, donde está la pava.

Hacía mucho tiempo, se dio cuenta entonces, que su madre se las había ingeniado para ocultarle la batalla silenciosa en la que vivía.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo así, mamá? —preguntó de regreso hacia donde estaba su madre.

—No sé, Clara, no sé.

—Bueno, vamos a tener que buscarte otro lugar. Por lo pronto, te vienes con Mariano y conmigo. Lo que no sé es cómo vamos a hacer para pagar los meses que ya debes.

—¿Vos estás operada del cerebro? Yo no me muevo de acá hasta que esa vieja jodida me devuelva lo que me robó y me pida perdón por todas las formas en las que me violentó.

—¿Qué? Mamá, lo que estás diciendo no tiene sentido. Ni tu

teléfono está intervenido ni Lupino te sacó nada.

Con la expresión rígida se aproximó hasta tenerla tan cerca que Clara sintió el olor a tabaco de su aliento.

—No voy, ni ahora ni nunca —dijo su madre—, a permitir que nadie, mucho menos mi hija, cuestione mi palabra.

—Me estás escupiendo —se quejó Clara con gesto de repulsión, no tanto por la baba o el aliento, sino por la forma en que el rostro de su madre se deformaba frente a ella.

—¿Me escuchaste?

—Sí —respondió Clara, haciendo la cara a un lado para tratar de escapar de la escena.

—¿Me escuchaste? —repitió su madre, tomándole la cara por las mejillas con una mano y forzándola a mirarla.

—¡Que sí! —gritó Clara zafándose de la pinza de dedos— ¡Te escuché! Escuché que piensas quedarte acá cagándote de frío, de hambre y a oscuras por necia y por sorda. Porque te importa un sorete lo que te digo y porque eres incapaz de ver las cosas que tú haces. ¿Y sabes qué va a pasar? ¡Que no va a servir de nada! Vas a pasarlo de la chingada hasta que te saquen a la calle. Y entonces sí vas a querer mi ayuda y entonces sí vas a aceptar quedarte con nosotros.

Su madre se sentó de nuevo en el sillón, con las piernas muy juntas y los codos apoyados en las rodillas. Tapándose la cara con las manos, empezó a llorar. Clara la miró. Parte de ella tomó distancia y se concentró en cuidar que el cigarro que su madre sostenía entre el índice y el medio de una mano no quemara su largo pelo gris, que no cayera al piso la columna de ceniza que, desafiando las leyes de gravedad, había resistido hasta entonces horizontalmente. Pero cuando el cigarro se consumió por completo, la brasa invisible que lo extinguió consumió también, de forma silenciosa, los dedos, el brazo, a su madre entera, dejando en su lugar una escultura patética de ceniza, vulnerable al embate de la más tenue ráfaga de aire. Clara contuvo el aliento. Le parecía haber anticipado aquella imagen algún tiempo atrás, cuando murió su abuela.

Aquella vez, Clara había ido a ver a su madre saliendo del Instituto. El camino desde la puerta de entrada hasta la casa del fondo, donde vivía su madre, le había parecido muy largo. La muralla de plantas altas que escondía la casa principal estaba menos frondosa que antes y, por primera vez, pudo ver la terraza de Eugenia Lupino a través de ella. Su madre no estaba en el jardín, así que recorrió en silencio el trayecto que habitualmente adornaba la perra con sus brincos y rodeos. Avanzó por el senderito de baldosas que ahora se alcanzaba a ver a través del pasto, cada vez menos tupido, y que

cruzaba en diagonal el jardín, rodeando el floripondio —el árbol dejaba colgar sus flores con tanta soltura que comenzaba a estorbar el camino de tan bajo que llegaban—. Clara miró hacia las ventanas de la izquierda —cosa que sólo hacía si tenía la certeza de que su madre no estaba con paciente—, por si alcanzaba a verla estudiando en el consultorio. Pero en vez de eso encontró unas cortinas nuevas que no le dejaron ver nada, así que siguió hacia el fondo. A través del ventanal, descubrió a su madre sentada en el sillón largo de la sala sosteniendo algo entre las manos. Al entrar, sintió un frío inusual. Iba a quejarse, pero la sorprendió la pregunta exaltada de su madre:

—¿Quién es?

Estaba sentada en el borde del sillón, con las piernas bien juntas. Tenía las manos cubiertas por la piel de algún animal peludo y miraba con los ojos hinchados, sin atinar la vista a ningún punto fijo, en dirección a la puerta.

—Soy yo, ma. ¿Quién más iba a ser?

Se acercó a abrazarla y se quedaron un rato así.

Clara había convivido con su abuela cuatro veces: la primera, era una bebé y no alcanzaba a recordar nada; la segunda, a los doce años, cuando sus padres la enviaron a Argentina a conocer a la familia; y por último, en los dos viajes que la abuela hizo a México, uno en el 99 y otro en 2004. De ella recordaba que tomaba con profesionalismo. Era capaz de bajarse sola una botella entera de tequila o vermut si la comida y la compañía lo ameritaban. También, a pesar de su asma, fumaba compulsivamente, quizá más que su madre, pero lo hacía a escondidas del abuelo y aprovechaba las estancias en México para desquitarse. Después de parir once hijas, tenía los huesos desgastados, artritis y todo tipo de padecimientos lumbares. Aun así, se negaba a bajar de peso. Su mayor placer era cocinar y organizaba, donde fuera y por lo que fuera, comilonas y cenas abundantes para todo el que quisiera sentarse a hablar con ella —un riesgo que podía significar doce horas de charla ininterrumpida y principios de cirrosis—. La última vez que vio a su abuela fue la mañana que la acompañó al aeropuerto, al final de su segundo viaje. Su madre se había negado a llevarla luego de una discusión que había tenido con ella en la cocina la noche anterior. Al despedirse, la abuela le había dado un beso grande mezclado con lágrimas: “Amo a todas mis hijas, pero el abuelo es mi vida. No espero que tu madre lo entienda”.

—¿No vas a ir, ma? —preguntó Clara en voz baja, como para no perturbar el efecto del abrazo.

—No, hija, yo ya me despedí de mamá.

—Pero igual, para estar con tus hermanas, con el abuelo, no sé.

—No, las cosas están muy revueltas allá.

—¿En Argentina?

—No, en Bahía, en la casa.

—Y sí, más vale, ma. Eso pasa cuando la gente se muere.

—No, no. Mal.

—Bueno, no es como que suelan estar de otra manera, ¿no?

La primera vez que su madre volvió a Argentina luego del exilio, en el 89, se había topado con la sorpresa de que todas sus hermanas —desde la que entonces tenía quince hasta la que era dos años menor que ella— pensaban que era narcotraficante. La abuela les había dicho que ésa era la razón por la que se había ido a México y la causa por la cual el abuelo había ido preso; todas se comieron esa historia muy a pesar de lo que ventilaban las protestas y noticias en Argentina, e incluso, sin considerar que la precariedad en la que vivía su hermana mayor en México no se ajustaba al perfil que la abuela había pintado. Al volver a México, entre alfajores Havanna y el olor a cuero de las maletas recién llegadas, Clara había percibido una congoja en el rostro de su madre que la acompañó día y noche, hasta formar parte de su semblante habitual.

—Destapó muchas cosas la muerte de mamá y mis hermanas no son personas de mucho tacto. Están haciendo muchas macanas. No quiero ir, dejame tranquila.

Su madre se levantó, dejó el montón de pelo animal sobre el sillón y fue a la cocina a preparar café. Clara tomó el animal entre sus manos.

—¿Qué es esto, ma?, preguntó sin moverse del sillón.

—¿Qué cosa?

—Esta cosa de pelos.

—No es una cosa de pelos, Clara. Es el manguito de Porota.

—¿Qué?

—El manguito de Porota.

—¿En qué idioma estás hablando?

—¡El manguito, el manguito! —dijo desesperada, mientras volvía de la cocina hacia el sillón en el que estaba Clara— El manguito para las manos —afirmó con brusquedad mientras metía una mano a cada lado del bulto— que era de la abuela Porota.

—Ah, órale. ¿A ver? —repuso, tomando ahora ella la prenda cilíndrica que protegía las manos del frío— Nunca lo había visto.

—Es de los pocos tesoros que guardo de mi abuela y a veces me hace tanta falta su calorcito… —dijo, con la voz otra vez quebrada y los ojos llorosos.

A pesar del vapor hirviendo que despide la enorme olla de tamales que está a su lado, su madre tiembla de frío con un vaso de unicel entre las manos.

—¡Ma, el café! —advierte Clara cuando ve que, por agitar el brazo libre en señal de saludo, está por tirar el café que sostiene en la misma mano que el cigarro.

Su madre, alarmada por la advertencia, detiene el gesto. Una columna de ceniza cae al suelo.

—¿Qué onda, ma? ¿Vamos?

Su madre se acerca contenta y le da un beso baboso que prolonga más de lo necesario. Despide, incluso a esa hora, un intenso olor a cigarro.

—Hola, ma —dice Clara, con la baba en las mejillas que marca inicio y cierre de cada encuentro con su madre.

—Mire, don Humberto, ella es mi hija —explica su madre al señor de los tamales con una sonrisa de orgullo que, desde hace un tiempo, ya no despliega como antes, por vergüenza de no tener dientes.

—Buenos días.

Don Humberto dobla el cuerpo hacia la olla y mete un brazo entero para sacar un tamal, que desenvuelve parcialmente con pericia y luego deja resbalar sobre un plato desechable que enseguida extiende hacia la madre de Clara.

—Buenos días —responde Clara—. Ma, vamos que el tráfico está empezando a ponerse pesado.

—Ahora nos vamos. Nos comemos un tamalito y vamos. ¿Vos desayunaste?

—Me tomé un café antes de salir de casa. Llévate el tamal y te lo vas comiendo en el auto.

—¡Ay, hija, pero en el auto no se puede comer! Comete uno y luego nos vamos, si total son cinco minutos. ¿Cómo querés que vaya comiendo con el platito? ¡Se me va a caer todo!, mirá todas las miguitas que…

Clara se desespera, pero no se atreve a negarse. Son contadas las ocasiones en que puede tener la seguridad de que su madre come y, además, reconoce que con el estómago vacío no va a aguantar el trayecto que le espera, dure lo que dure.

—¿Me da uno verde, por favor?

—¿Vio qué bien educada que está mi hija, don Humberto?

—Si no soy un perro, ma. Es normal pedir las cosas por favor.

Su madre ríe desproporcionadamente, el chiste le ha parecido fabuloso. Clara sonríe por contagio de su madre, que trata de calmarse para seguir comiendo. Don Humberto también sonríe, un poco obligado por la situación pero siempre con la vista en la olla; toma otro tamal, lo desenvuelve y lo sirve.

—Ay, Claru, ahora sí me hiciste reír.

—Y también un atole, por favor.

—¿Un atole te vas a tomar? ¡Es una bomba de desayuno, te vas a quedar dormida al volante!

—No estaría mal —responde con una sonrisa de malicia adolescente—, así terminamos de una vez con todo esto.

Su madre reconoce el humor de Clara y ríe otra vez.

—Hoy estás desatada —dice su madre con un buen humor inusual —. Menos mal, porque con todo lo que vamos a hacer hoy… —voltea a ver a don Humberto— Tenemos que ir por allá —levanta un brazo hacia un punto indefinido, a la distancia—, pasando Polanco. Lo bueno es que Clara consiguió que su exmarido le prestara un auto porque…

—¡Mamá!

—¿Qué?

—¡Que te calles!

—No pasa nada, hija, si don Humberto me conoce ya de hace tiempo. Vengo casi todos los días, ¿verdad? —no da lugar a que él responda— Menos los jueves y los sábados que doy consulta tempranito; si no, vengo y le compro un tamal, a veces un pancito dulce. ¿No es cierto, don Humberto?

Normalmente, es decir, si no estuviera discutiendo con su madre, Clara esperaría la respuesta de don Humberto antes de decir algo; consideraría lo que él dijera y buscaría la forma de conciliar su incomodidad con la situación. Pero cuando está con su madre, todo ese cuidado por el otro se va al traste, porque Clara no resiste siquiera cierta tensión, se vuelve como una delgada fibra de seda susceptible al mínimo esbozo de ofensa.

—¡Bueno, igual, no quiero que vayas por ahí contando mi vida privada!

—No te pongas así, hija, no le estaba contando tu vida privada sino de…

Su madre tiene una capacidad única para sacarla de quicio y luego tratarla como si estuviera del tomate —por decirlo a la argentina—, lo cual, en un nuevo revés, la vuelve loca.

—Me chupa un huevo si don Humberto te conoce desde hace diez minutos, si fue tu compañero de banco en el secundario o si te donó un riñón, mi vida es mi vida y la cuento a quien yo quiera.

Clara se da cuenta de que se le fue la mano y acepta la derrota: una vez más es ella la que, ante los ojos de los demás, está chiflada —por decirlo a la mexicana—. Saca cincuenta pesos de su bolsillo y se los da a su madre.

—Te espero en el auto —dice con un tono sereno, radicalmente distinto y con la cabeza gacha. No quiere ver a don Humberto.

Clara termina de comer en el coche. Respira antes de romper en llanto. Se contiene rápido, se seca. “No puedo aflojar ahora”. Mira por el retrovisor y ve a su madre acercándose. “Sigue caminando rapidito y altivamente aunque no ve un pomo”, piensa, “no entiendo cómo no se ha roto la cara”.

—Perdón, ma, pero no me gusta que hables de mis cosas, habla de las tuyas si quieres, pero a mí no me interesa que gente que no conozco sepa mi vida. Es intrusivo y es…

—Pero yo no le estaba contando tu vida, sino del día de hoy.

—¿Te parece que contarle que a la mañana fui a ver a mi exmarido para que me prestara un auto no es parte de contarle mi vida? Además, Mariano no es mi exmarido.

—Bueno, perdóname, hija, sabés que mamá no quiere molestarte.

—No, a veces no sé, y menos cuando hablas de ti en tercera persona como si fueras una voz en mi cabeza, como si yo sólo fuera el recipiente para lo que dices tú.

—¿Cómo?

—Nada, da igual.

—Bueno, de todos modos, qué bueno que desayunamos, porque ayer me sentía tan mal…

—Pues cómo no te vas a sentir mal si pasas todo el día caminando y fumando por la ciudad sin comer nada, si acaso tomando café. A cualquiera le sienta mal andar así, ma. Tienes que comer bien. ¿Y andas sin lentes?

—Si los lentes los uso para leer.

—No es cierto, mamá, no me reconocerías si estuviera a dos metros de ti.

—Claro que te reconocería, reconocería tu olorcito.

Así se escapa siempre su madre y Clara ha aprendido que no tiene caso insistir, así que se pone el cinturón de seguridad, espera a que su madre haga lo mismo, gira la llave de encendido y comienza a avanzar.

Su mamá se agacha y toma su bolsa a los pies del asiento. Busca los cigarros, el encendedor. Clara piensa decirle que no fume en el coche, pero por mucho que deteste el olor a Delicados impregnado en las vestiduras, sabe que dejar a su madre sin fumar es la peor idea que puede tener.

—Al menos abre la ventana.

—Ay, es que hace frío.

—¡Un poco, al menos, nos vamos a asfixiar acá adentro!

—Abrí vos tu ventana.

—¡Carajo! —dice Clara, luego de ceder también en eso, a medida que abre la ventana hasta la mitad porque, en efecto, hace frío.

—Ayer a la noche me fui a la cama temprano —dice su madre antes de encender el cigarro que ya sostiene entre los labios—, aunque como siempre no me pude dormir hasta tarde —hace una pausa larga en lo que prende el cigarro, inspira profundo y suelta el aire— porque escucho todo el tiempo a los vecinos, ¿sabes? Hacen mucho ruido y me da miedo que se vuelvan a meter. Digo, que me roben cuando no estoy es una cosa… —fuma— pero mira si vuelven a mandar comandos a mi casa.

Poco antes de que empezaran los eufemismos, fue la noche de los comandos. La palabrita ésa había estado sonando en noticieros y se veía frecuentemente en los periódicos desde hacía algunos años, desde que Felipe Calderón iniciara la guerra contra el narcotráfico. La información era confusa, los medios cubrían poco y mal la situación en Michoacán y en el resto de los estados. El DF, se decía entonces, era zona segura.

Su madre, como había hecho siempre, seguía de cerca las noticias:

—Lo que está apareciendo con todo esto es el horror. Cuando alguien ejerce una violencia así contra un Otro, cuando es capaz de sustraer lo humano de sí y de los demás…

Frases de ese estilo arrojaba de vez en cuando si Clara permitía que un silencio se prolongara por largo rato durante su visita, llenando la sala de casa de su madre. Abstraída, como estaba, en sí misma, su madre dejaba asomar el lomo de sus curvas de pensamiento:

—No la banalidad del mal, o no sólo. Es el *homo sacer*, es el cuerpo sin las palabras; el cuerpo al servicio del poder, el cuerpo cifra. ¡Ay, si estuviera aquí mi perra!

—No creo que la perra pudiera hacer mucho por el país, ma, sinceramente.

—No, por el país no… La extraño tanto…

Su madre lloraba con ese sonido cavernoso, mezcla de pena y tabaco macerado que a Clara tanto le irritaba pero al que empezaba a habituarse.

—Ya, ma, estaba vieja y tuvo una vida que ya quisiera yo.

Su madre rio un poco y el llanto repiqueteó al confundirse con la risa.

—La pasó bien, ¿ah?, eso sí. Caminábamos diario, al menos tres horas nos hacíamos por día. Un poquito a la mañana, otro poquito…

—¿Ya estás más tranquila? Quedé con Mariano de ir a cenar con unos amigos.

—Sí, Claru, andate tranquila —dijo su madre secándose las lágrimas—. ¿Con qué amigos van?

—No los conoces, son amigos de Mariano del itam.

—¡Ah, vas a una reunión aburrida! —ríe su madre.

A Clara casi se le había escapado una sonrisa porque, de hecho, la reunión pintaba bastante mal, pero no le gustaba que su madre hiciera juicios gratuitos de sus amigos —o los de Mariano— y se contuvo. Su madre se había dado cuenta y sonrió traviesamente buscando la complicidad de Clara.

—¿En serio, ma? No puedes ir por la vida diciendo "éste es un aburrido", "este otro es un tarado", "ésta no entiende nada"… Hay gente que piensa distinto que tú —la mayoría, diría yo— y eso no significa que no tengan razón.

Su madre balanceó la cabeza de un lado a otro como ponderando la afirmación de su hija. No generalicemos —concluyó por fin en tono conciliatorio—.digamos mejor que tienen sus razones.

—Como quieras. Digamos mejor que ya es tarde y que Mariano… ¡Uy, tengo cinco llamadas perdidas! Bueno, chau, ma. Hablamos después.

—¡Be-si-to! —dijo su madre esta vez de modo imperativo.

Clara, que ya se había empezado a ir, regresó hasta donde estaba su madre, le dio un beso, trató de escapar del de ella, no lo consiguió, se secó la mejilla y volvió a retomar la fuga.

—Ya estás grande como para seguir limpiándote mis besos — alcanzó a señalarle antes de perderla de vista en el jardín.

A la mañana siguiente, Clara había decidido pasar a casa de su madre temprano, antes de ir al Instituto. Había sido una gran cena y el itacate era mucho más de lo que Mariano y ella podían comer antes de que se echara a perder, así que pensó compartirlo con su madre, que era capaz de no comer para no perder tiempo de estudio en cocinar.

La visión que tuvo del jardín esa vez sería una imagen que en adelante la perseguiría hasta el agotamiento con la persistencia con que cazan los perros salvajes. Las baldosas que formaban el camino a la casa eran visibles ahora que no había pasto y se levantaba tanta tierra. La barda de plantas que marcaba el límite entre la casa de Lupino y la de su madre era prácticamente inexistente; en cambio, habían colocado una cerca de plástico blanco como límite entre un terreno y otro. El floripondio había acabado por doblarse tanto sobre sí mismo que no era ya sino un bulto de ramas y pajas arremolinado contra una de las paredes de piedra. La luz blanca de la mañana dejaba ver con crueldad lo que la penumbra de la tarde, todavía ayer, le había sabido disimular.

Entró a la casa en silencio por si acaso su madre ya estaba dando consulta y la encontró en la sala, en el mismo sillón donde la había dejado la noche anterior, durmiendo con la ropa puesta. Clara se sentó en la delgada franja de asiento que el cuerpo de su madre dejaba

disponible.

—¿Ma? ¿Qué haces acá? —preguntó en cuanto su madre abrió los ojos.

—¡Ay, hija! ¡Hija! —la abrazó su madre, enraizándole las uñas en la espalda.

—¡Au, ma! ¿Qué onda?

—No sabés lo que pasó ayer. No sabés, hija.

—¿Qué pasó?

—Un comando, Claru, desplegaron todo un comando para agarrarme. Me habían venido a buscar y no me vieron, porque yo me quedé acá luego de que vos te fuiste, me quedé acá sentada pensando en mis cosas y se me olvidó prender la luz. Y cuando me estaba quedando dormida, llegaron un montón, hija, llegaron y caminaban por los techos, se brincaban de una casa a otra —decía su madre con nueva agitación—. Y yo me quedé acá calladita para que no me vieran. No quise ir a mi cama porque ahí era donde me iban a buscar si entraban, así que me quedé acá, alerta y los oía ir y venir, ir y venir.

—¿Pero quiénes te iban a venir a buscar? ¿De qué comando hablas?

—¡Ay, hija, hija! ¿No te acordás de dónde venimos?

—¿Del mono?

—¡No te hagás la viva, Clara, por favor te pido! Yo tengo una historia que pesa. Tanto pesa que treinta años y pico después no me pueden dejar en paz.

—Ma… Pudo haber sido cualquier otra cosa.

—¡Vos no viviste lo que yo viví! ¿A vos te parece que yo no sé reconocer de qué se trata? También allá ponían en los diarios que éramos criminales, que atentábamos contra la paz de la soberanía.

Clara sabía que “allá”, en la voz de su madre, siempre era Argentina.

—Y así nos iban matando a todos —continuó su madre—. Esto se va a poner cada vez peor, Clara, cada vez peor.

Lo que no le quedaba tan claro era a qué se refería su madre con “esto”: ¿a México? Clara no sabía qué tan “allá” era esto.

—Ven, ma, date una ducha calentita que el cuerpo necesita relajarse un poco después de la noche que tuviste.

Clara condujo a su madre hacia el baño. Al intentar abrir la llave para calibrar el agua, no salió ni una sola gota.

—No hay agua.

—¡Ay, Claru, tengo miedo!

Clara la abrazó y la sintió diminuta temblando contra su pecho. Tenía terror —su madre, claro, pero ella también. “¿Qué es esto?”, pensaba Clara mientras abrazaba fuerte a su mamá, por abrazarla y

por hacer tiempo para tratar de entender.

Fue en el 98. Lo tiene muy claro porque la palabra “Windows98” se paseaba de un lado al otro de su primera computadora cuando se activaba el protector de pantalla. Y se activaba con bastante frecuencia porque a veces descifrar la letra manuscrita de su madre le tomaba más de dos minutos. Clara, por ser la única en la casa que sabía usar la computadora, era la encargada de transcribir los testimonios y las declaraciones de sus padres, necesarios para iniciar el juicio de reparación. Según entendía entonces, la reparación era la única forma en que el gobierno pagaba por lo que había hecho. “Pagan con dinero”, decía su madre, “porque es lo que el Estado considera más valioso, pero es importante que de algún modo se hagan cargo de lo que nos hicieron, que se hagan responsables de cómo me rompieron”. Así que Clara puso mucha atención en hacer bien su tarea. Fue así como se enteró de que, desde unos años antes del golpe de Videla —más precisamente, luego de la matanza de Ezeiza en el 73—, Ricardo había sido el encargado de llevar la imprenta clandestina de la organización de la que formaba parte en Buenos Aires mientras su madre estudiaba medicina en la UBA. Ella, al parecer, auxiliaba de vez en cuando a algunos compañeros de Ricardo que resultaban heridos después de cada operativo dentro de una camioneta que “la orga” tenía equipada como ambulancia. Al transcribir los documentos, Clara supo también que Ricardo había caído en cana —como dicen en Argentina— una mañana a principios del 75 mientras volanteaba en La Boca lo que había producido la noche anterior, cuando su madre estaba de guardia. Ese mismo día, su madre recibió la visita insólita de su suegra en el hospital; así se enteró de lo que había pasado y de que no tenía más opción que pasar a la clandestinidad. Dejó el departamento que rentaban en Villa Crespo y todo cuanto tenían en él, abandonó sus estudios, cortó contacto con todos sus amigos y familia. Hubo varios allanamientos: al departamento, al de la madre de Ricardo, a la imprenta; la madre de Clara pasaba los días dando vueltas por la ciudad para evitar que la localizaran y, en agradecimiento a la ayuda médica que había brindado en algunas ocasiones, la orga le asignaba una casa de seguridad distinta cada noche. Sólo se volvió a reunir con Ricardo ocho meses después, una vez que estuvieron a bordo del avión rumbo a Perú, para hacer escala y seguir a México.

—Mamá, el tema de los comandos…

—Pero no soy la misma, hija. Ya no —dice su madre, conteniendo el humo de la última pitada que dio a su cigarro. Suelta el humo—. Cuando Ricardo empezó con los trámites del juicio no me quedó otra

opción más que empezarlo a mí también, ¿te acordás? Yo todavía estaba con tu papá y, en realidad, no estaba lista para pasar por el juicio, no me sentía entera todavía. Ricardo sí, él sí y además todo tardó relativamente poco. Recibió el dinero de la reparación al año siguiente, me parece. Claro, yo no estuve presa pero igual me tienen que dar la reparación por privación de libertad. Lo que pasa es que estando clandestina, ¿qué registro va a haber? ¡Ninguno, si de eso se trataba!, entonces es más difícil de comprobar. A mí no me encerraron, pero me quitaron la libertad y mirá hasta qué punto que tantos años después estoy otra vez en esta situación. Vivir con terror no es vida, Clara, pero ahora no me van a romper, aunque lo intenten.

—¿Otra vez en qué situación?

—En clandestinidad, hija. Tu mamá está clandestina, ¿cuántas veces te lo tengo que decir?

Clara inhala profundo. Una vez más su madre la ha conducido paso a paso a las puertas de su nueva lógica, de su historia contada desde el filtro de un miedo que no consigue justificar más que a partir del pasado, cuando sintió ese mismo terror ante la bestialidad de lo real.

—Si cerré el consultorio fue porque corro peligro —continúa su madre—. Es gente muy poderosa la que me quiere matar, hija, por eso me da tanto miedo —su madre se abraza un hombro y tiembla, pero no deja de fumar con el brazo que le queda libre— y yo no quiero arrastrar a nadie conmigo —con una pitada hace un esfuerzo por calmarse—, yo sé vivir así, pero es muy cansado… Es muy cansado.

—Bueno, ma. Una cosa a la vez. Resolvamos el tema del juicio para que podamos pagar la renta…

—¡¿Qué renta?! Si me han entrado a robar tantas veces… el casero está con ella, obviamente. Yo no pago nada hasta que me devuelvan lo que me quitaron.

—Bueno, entonces no pagues, pero te van a volver a desalojar.

—A mí no me desalojaron, hija, allanaron mi casa. Con perros entraron, entró la policía con perros a sacarme, a quitarme mis cosas. ¿Por qué crees que entre lo que se quedaron estaba la computadora? ¡Querían información!

—El tema es que puedas volver a comer bien, a hacerte otra vez los dientes, que puedas tener un lugar lindo para vivir y tener tu estudio, para que puedas sentarte a tomar cafecitos y leer en las plazas otra vez. No podemos dejar estar el juicio de nuevo.

—El juicio no lo dejé estar —dice un poco más serena, secándose los ojos con un pañuelo de papel doblado que toma de su bolsa—, no podía con él. Yo no quería nada de ellos, no quería saber nada más, no podía. Fue una violencia muy atroz, hija, muy atroz —dice su madre a punto de encender un cigarro nuevo—. Hasta el lenguaje nos

violentaron: “Proceso de Reorganización Nacional”, le pusieron. Nos cambiaron el significado de todo, nos retorcieron las palabras y nos dieron vuelta el mundo. “Criminales”, nos llamaban los torturadores, los secuestradores… ¡A nosotros! Se colaron hasta la cocina, literalmente. Imagínate, en las revistas del hogar, como le decían entonces, ya no imprimían recetas. “Las mujeres tienen cosas más importantes que hacer”, decían, “y cocinar ya saben”. Hasta a las mamas les lavaban la cabeza con los valores y el honor para que vigilaran a sus hijos, para que los denunciaran, a ellos y a sus amigos. ¿Qué honor?, ¿de qué carajos hablaban? Genuinamente instalaron el terror. La capucha, la parrilla, la pileta, lo cotidiano estaba marcado por ellos, por su violencia, por todas partes. ¿Me entendés? “Vos no existís”, les decían a quienes agarraban mientras los torturaban. ¡Y era así! Yo dejé de existir, aunque no me agarraron, por un tiempo dejé de existir. De eso se trataba la clandestinidad, en dejar de existir para ellos, pero no para mí. No para mí —repite con la mirada hacia afuera, haciendo pasar, con poco éxito, la columna de ceniza acumulada por el espacio abierto de la ventana.

Clara aprovecha que la circulación ha vuelto a detenerse para hacerle cariños a su madre.

—Mamá… No repases, una y otra vez, lo peor de tu vida. Ya lo escribiste en tu testimonio, me has contado un montón de veces experiencias como éstas o por el estilo, hablas tanto del tema que terminas por vivirlo de nuevo.

—¡Pero si me han hecho vivirlo de nuevo, hija! No soy yo la que se empeña, son ellos, es esa vieja de mierda.

—Lo que te falta es hacerte de un pellejo más grueso para protegerte, ma, uno que te cubra de todo mal. Y con lo del juicio, piensa que es un trámite, porque si no, vamos a tener que parar el proceso otra vez o el proceso va a acabar contigo.

La fila de carros se adelanta un poco y Clara vuelve a tomar el volante con una mano y la palanca de velocidades con la otra. Avanzan a paso muy lento.

—Cuando empezamos los trámites en los noventa e intenté escribir mi testimonio, me enfrenté a no saber qué palabras usar, a no tener mis palabras; todas las que podía usar eran de ellos. ¡De ninguna manera! —dice mientras sacude la ceniza que cayó dentro del coche— ¡No señor! Que se queden su dinero, pensé entonces, pero yo a esos no los revivo, no revivo su placer. Y no seguí más. ¿Pero sabés una cosa, hija? —dice su madre limpiándose la nariz con otro pañuelo desechable— Yo ya soy dueña de mis palabras, ahora tengo la posibilidad de decir de aquellos años como no la tuve antes, y lo van a pagar. Ahora, en mi condición, necesito el dinero, ¿pero sabés una cosa?, sí tienen que pagar. Que paguen lo que me hicieron ¿Me

entendés? Que reconozcan y que les cueste lo que nos hicieron, porque vos tampoco tendrías que estar acá.

—Bueno, no te pongas en ese plan, porque si no hubieras venido a México, yo, en efecto, no estaría ni acá ni en ningún otro lado.

La circulación vuelve a detenerse.

—No funciona así, hija. Entendés lo que quiero decir, ¿no? ¿Sabes lo que me hubiera gustado estar más tiempo con vos? —la voz se le ahoga en llanto— Pero no podía porque tenía que trabajar, yo no quería despegarme de vos… eras tan chiquitita… Tenía miedo de que te pasara algo, pero encima no me dejaban ser una mamá para vos…

Esa parte del monólogo Clara la detesta y la ha oído ya muchas veces. Sabe que lo que sigue es el detalle de las muchas ocasiones en las que su papá pasó por encima de su madre para apoyar, por ejemplo, una decisión médica en contra de lo que ella opinaba, de sus propios conocimientos en la materia y, sobre todo, de su intuición materna. Y detesta esa parte porque le da bronca —como dirían en Argentina—, por no decir que le encabrona, ser capaz de visualizar a la perfección la violencia de su padre imponiéndose con un tono más alto o haciéndole gestos con el brazo y las manos para que se calle y poder oír al médico. Entre su papá y el médico convencieron a su madre de que lo importante era que volviera a trabajar cuanto antes y ella no supo o no pudo defender su necesidad de quedarse en casa con la bebé.

Mientras su madre habla, Clara mira el reloj para distraerse del sonido ronco de esa voz que comienza a saturarla. La manecilla de los minutos parece huir de la que marca las horas al apuntar lo más lejos posible, en sentido opuesto, sin embargo, pronto volverá a ella, se confundirán y volverán a separarse de nuevo para andar, otra vez, el mismo camino a distinto tiempo. “¿Y si se suelta del punto del que está sujeta?”, piensa con el codo izquierdo contra la base de la ventana, mientras prepara la mano a modo de peine y acerca la cabeza. Desliza los dedos y se lleva, entre las cerdas de carne y hueso, algunas hebras de cabello. Entonces las soba, entre el pulgar y el resto de los dedos, hasta conseguir que todas esas fibras formen una bolita con la que se entretiene un rato. Cuando considera que la canica de pelo está suficientemente redondeada y libre de irregularidades, la deja caer fuera del coche a través de la ventana que baja por un momento. Estudia el tráfico y revisa el celular para ver si encuentra una ruta mejor.

—Parece que vamos a tener que esperar.

—¿A qué? —dice su madre, que había seguido hablando sin cesar, sin detenerse a revisar si Clara seguía poniéndole atención.

—Pues a que avancen los autos. Hasta que no pasemos Parque Lira no hay nada que hacer más que esperar.

—¿Me entendés, hija?

Su madre no espera respuesta y sigue hablando, como si quisiera evitar el más mínimo silencio, llenar el espacio con sus palabras y si acaso sobrara algún recoveco, con humo. Habla respondiéndose a sí misma, con pequeños gestos o con interjecciones de tal forma que la presencia de Clara en esa conversación se vuelve una mera formalidad para justificar el volumen elevado de la voz, pero aun así, imprescindible. En cierto punto, Clara trata de abstraerse, de pensar en otra cosa para dejar correr el caudal de experiencias terribles, de sufrimiento y de reclamos, para tratar de mantener la calma, de marcar una distancia que le permita mantenerse a flote. Pero su madre parece reconocer la tentativa de fuga de su presa y afina puntería para eliminarla, desdibujando todo atisbo de límite entre ellas.

—… pero como me ha pasado siempre, hago un revoltijo con los nombres de autores y los confundo a unos con otros y…

—¿Qué?

—Eso, si vos sabes, eso que nos pasa de no poder acordarnos…

—No, no. No *nos* pasa —dice Clara con la mandíbula tensa y la mirada clavada en su madre que sigue fumando, ahora, tranquilamente—, me pasa a mí, y tú y yo somos dos personas distintas.

—Pero a mí también me pasa que estoy con gente y…

—¡Para, mamá! No sé qué mierda estás tratando de hacer, pero ésa no es una experiencia tuya. Tú te sabes poemas enteros de los autores que te gustan, ubicas perfectamente quiénes se escribían con quiénes, sus historias de vida y, si me apuras, seguro hasta el número de teléfono de algunos. Así que no me vengas ahora con que a ti te pasa lo mismo. No te pasa lo mismo, nunca te pasó, y las cosas que me pasan a mí son mías. ¡Y yo no soy tú!

—Pero Clara. ¿De dónde sale todo esto? Estás hecha una gatita hoy. Obviamente, vos no sos yo.

—Entonces no me jodas.

—No te jodo, hija, me parece que no me escuchaste bien.

—El problema, precisamente, mi gran problema es que te escucho demasiado bien. Me llenas la cabeza y si no te detengo, me arrollas, me pasas por encima.

El resto del camino lo recorren calladas dentro de la nube de humo que su madre alimenta sin parar.

BORRARSE

Una luz cerúlea se desliza hacia el interior a través de las cortinas de tergal que ondean a voluntad del viento. Al chocar con las paredes blancas de la habitación, éstas resplandecen en un azul intenso que despide la tarde e intensifica el aire punzante de noche de invierno que se cuela por la ventana. Hecha un ovillo bajo las sábanas, Clara parece pintada también por el espectro índigo. El frío se filtra entre los hilos de algodón.

Clara despega los párpados con dificultad y lo que observa tarda en coincidir con el registro de imágenes conocidas. Las tenues sombras que invaden el cuarto hacen de los límites de los objetos bordes difusos, y frente a esa amalgama de cuerpos opacos le cuesta asignarles nombres a las cosas. Sin embargo, esa misma penumbra le permite mantener los ojos entreabiertos un momento y aprovecha para estudiar su entorno. Reconoce, debajo de la ventana, el baúl que era de Luis; así se entera de que está en su propio cuarto. Desperdigada por el piso, distingue su ropa y casi puede ver, por la forma en que está dispuesta, el camino que siguió al quitársela; desde los pies de la cama hasta el costado derecho, por el que se deslizó entre las sábanas.

Trata de sentarse, pero apenas hace el intento de incorporarse, siente cómo su propio peso se le opone. Lo único que consigue con el esfuerzo es ver, en la mesa de noche junto a su cama, un vaso de agua casi vacío y el empaque abierto de un Tafil. Tic-tac, tic-tac, escucha en el silencio de la habitación ya casi oscura y entre sueño y recuerdo, mira el reloj en su muñeca.

“Nueve menos cuarto” alcanzó a ver antes de llegar. Se estacionó con dificultad y salió del coche como expulsada. Necesitaba grandes bocanadas de aire. Necesitaba también hacer tierra, poner los pies en el suelo. Al bajar, miró los carros, camiones, gente que avanzaba a paso acelerado: mujeres en tacones, hombres trajeados y, sin embargo, no conseguía percibir más que una suerte de caparazón vacío, la coreografía de una ciudad en total mutismo. El golpe de la puerta que azotó su madre al bajar del coche le devolvió el ruido de motores y

bocinas en desorden, el tac-tac sincopado de dos mujeres que se cruzaron en ese momento, la respiración agitada de un joven corredor al rebasarla.

—Tanto que me apuraste y llegamos justitas.

Clara no respondió.

—Podríamos habernos tomado las cosas con más calma, ¿no te parece? Además, las citas en este país son meras expresiones de buena voluntad; si te dicen "nos vemos a las nueve" o "la espero a las diez", lo que están diciendo es que les gustaría que pudieran verse a las nueve o que sería bárbaro que todo coincidiera para poder estar a las diez en el mismo lugar que vos; de ninguna manera significa un compromiso ni se van a esforzar como te esforzás vos por cumplir con ese acuerdo —rio—. Me sorprende que habiendo vivido acá toda tu vida, todavía no hayas aprendido cómo funciona. Ese acelere es de tu padre, evidentemente.

Clara mantenía la mirada clavada en el piso, siempre un poco delante de ella. Escuchaba a su madre por encima del ruido recuperado de la ciudad que, aunque presente, le resultaba lejano en comparación con esa voz. No ponía atención a lo que decía, sólo al sonido rasposo, afectado por el tabaco y la nicotina, que salía por la boca de labios hundidos a falta de dientes y se dispersaba sin atenuarse. En cada exhalación era capaz de oír, por debajo de la voz, abducción y aducción de los pliegues vocales, un sonido chicloso por exceso de moco; en cada inhalación, el silbido de los bronquios irritados de su madre que, como siempre, ya caminaba un poco más adelante de ella. Clara miraba el piso y así trataba de ignorar la idea constante de irse muy lejos, a chingar a su madre, se diría haciendo un uso bastante preciso de la expresión; en realidad, pensaba en borrarse y la palabra le resonaba una y otra vez con la voz de su padre o tal vez con la suya imitándolo a él. Mientras avanzaba, miraba tan profundo como podía dentro de la estría central de la banqueta con la intensión de ya no ver nada más; incluso hizo el ejercicio de cerrar los ojos, pero los abrió de inmediato al chocar con su madre, que se había detenido en seco ante la puerta de Migración.

Los cuerpos opacos, indiferenciados unos de otros, crean formas oscuras en el escenario nocturno de la habitación. Clara mira hacia la ventana que destaca en el muro por el resplandor de luces que vienen de fuera y su cuerpo gira en la misma dirección, impulsado por un falso heliotropismo que se consuela con cualquier fuente de luz. Permanece así, casi inmóvil, durante el tiempo que tarda en traer a su memoria algunos recuerdos del día.

Clara se sienta y apoya la espalda contra la cabecera de la cama. Su cuerpo reacciona casi normalmente y la vista, ahora acostumbrada

a la oscuridad, ya identifica los límites de las cosas: la cama, el buró, la puerta del clóset, el baúl. En esa rápida evaluación de sus sentidos es capaz, incluso, de distinguir su computadora sobre el baúl, lo que la lleva, sin pensarlo demasiado, a impulsarse para tomarla y volver a la cama con ella. El resplandor de la pantalla la ciega por un momento, pero se ajusta a las nuevas condiciones de luminosidad y teclea en el buscador "CIA dictadura argentina". Resultados: "Kissinger y el genocidio de la dictadura militar argentina", "A 30 años del golpe en la Argentina de 1976, la participación de Estados Unidos", "Represión ilegal en el Cono Sur. Revelan datos de la CIA sobre el Plan Cóndor", "Entre el nazismo y el Plan Cóndor", "Pruebas sobre el Cóndor". Lee:

> El 15 de septiembre de 1976, el comisario Obregón, de Asuntos Extranjeros, describió el trabajo de varios meses en un informe dirigido a la Dirección General de Operaciones e Informaciones: "El trabajo de inteligencia y operacional del personal de este departamento —escribió— ha permitido neutralizar en forma altamente satisfactoria la actividad desplegada en nuestro país por distintas organizaciones delictivas de tipo subversivo, con proyecciones nacionales e internacionales", dice. "Ello es fruto del trabajo constante en el que la dedicación plena de los hombres requirió de un esfuerzo que va más allá de los límites convencionales de un horario rutinario, y en el que los riesgos físicos han sido ciertos y reales, dada la alta peligrosidad de los elementos con que ha debido enfrentarse el personal policial." Los procedimientos, de los que desiste detallar, "hecho por hecho y caso por caso" porque "no sólo sería extenso" sino que "obviamente" iría en contra "de lo que en un primer momento se trató de evitar: dar trascendencia a la actuación individual" de la tropa, permitieron "ir anulando la actividad de dichas organizaciones, secuestrándose en muchos casos armas, municiones, en otro caso quedaron al descubierto fincas que eran utilizadas como refugios y cárceles del pueblo".

Piensa en su madre, en su insistencia en la forma de hablar de los milicos, en lo que hicieron con el lenguaje. Piensa en lo que hicieron con los cuerpos. Lee otras notas, testimonios. Las torturas, los engaños, los escenarios, las fosas. Lee un titular: "Me violaron hasta destrozarme el útero". Cierra la computadora y vuelve a ser un ovillo bajo las cobijas. Tiene la sensación de haber llevado a su madre ante los "potros de bárbaros atilas" de los que supo cuando era chica, cuyos cascos su madre ha oído tronar desde entonces a su alrededor con la misma insistencia con que Clara percibe el tic-tac del reloj.

“Tenés que meter *all in* en exacta”, le había dicho su padre a modo de entrenador, en esa jerga suya de los años que apostaba en el *turf*, “y conseguir la reparación antes de que a tu vieja le gane la pálida”.

Cinco militares coordinaban la entrada, el detector de metales y el registro de visitantes. Su madre tenía las cejas ligera e involuntariamente levantadas, los labios apretados, la mirada presta. Casi hubiera podido decir que los poros de la piel se le habían abierto un poco más para percibir mejor cualquier signo de alerta. Avanzaron hacia allá sin decir nada, pero despacio y con precaución. Primero pasó su madre. Se anotó en el cuaderno de visitantes, le revisaron la bolsa, dejó su pasaporte y le entregaron a cambio un gafete que se colgó del cuello. Pasó Clara también. Dejó que su mochila avanzara sola por la banda que corría hacia el otro lado del detector de metales y mientras firmaba, observaba cómo, sin proponérselo, cada movimiento que realizaba con la pluma reproducía en tinta los trazos del renglón superior, el del registro de su madre. Echó un ojo a las anotaciones previas: nadie más usaba manuscrita, nadie hacía la “r” como un cuadrito sin la base. Grandes panzas y puntos inflados en letra de molde contrastaban con la apretada caligrafía de las últimas dos líneas del registro, que podrían haber pasado por la misma.

—Identificación.

Clara levantó la mirada asustada.

—Una identificación oficial —dijo el militar detrás de la mesa de registro, extendiendo una mano hacia Clara.

Sacó su cartera de la mochila y le entregó una credencial para obtener, también ella, un gafete que se colgó al cuello.

—Tercer piso a mano derecha.

Tomó la mochila que la esperaba ya detenida al final de la banda, metió la cartera en uno de los bolsillos pequeños y se la colgó en la espalda. Dio unos cuantos pasos más y alcanzó a su madre, que la esperaba con las puertas del elevador abiertas.

—Más vale que nos den la reparación —dijo su madre en voz muy quedita.

Clara recuerda haber leído, en el testimonio de su madre, que una de las primeras noches que estuvo clandestina, mientras pasaba la noche en una casa de seguridad de Ramos Mejía, oyó, durante su guardia, que entraban los milicos. Enseguida, su madre despertó al que era su compañero ese día y juntos corrieron hacia la parte de atrás de la casa, donde planeaban brincar la barda del patio y escapar hacia la calle. Pero esa misma tarde, su madre se había dislocado el codo al ser atropellada por una moto durante una redada en Plaza Irlanda, de

modo que cuando llegaron al muro, ella no conseguía escalar y su compañero no lograba ayudarla a subir. Antes de irse, su compañero le dejó una pistola: “Metétela en la boca; si los llegás a ver de frente, disparás”.

Su madre se había quedado sola, petrificada de terror contra la barda con la pistola en la boca, lista para jalar el gatillo al primer avistamiento de militares en el patio. El allanamiento, sin embargo, había sido en la casa de al lado. Al poco tiempo escuchó disparos, oyó gritos y cuando llegó el silencio, lloró. “Lloré desde entonces hasta que la tuve a Clara”, había escrito su madre en el testimonio, “que me devolvió la vida”.

Su madre ha vuelto a llorar todos los días y la expresión descompuesta que le vio en aquellas oficinas parecía temer como si la muerte estuviera otra vez a un muro de distancia.

La puerta se abrió y entraron juntas al tercer piso. Un registro más en una ventanilla dispuesta con ese fin y una mujer de camisa blanca fajada y mucho maquillaje las condujo hacia una zona de cubículos separados unos de otros por canceles transparentes. Ahí otra mujer, con moño relamido y una camisa igual a la de la primera, las invitó a sentarse en las dos sillas desocupadas al otro lado de su escritorio.

—¿En qué puedo servirles?

Clara sabía de memoria el inicio de esa conversación:

—Necesitamos el historial migratorio de mi mamá —respondió mientras sacaba de su mochila un fólder color beige que extendió hacia la mujer.

La mujer tomó el fólder, lo examinó y se alejó por un pasillo hasta una puerta al otro extremo del salón.

—¿A dónde fue? ¿Qué le entregaste que salió enseguida? No le diste ningún original, ¿no?

Clara abrió los ojos grandes y casi sonrió al ver volver a la mujer con el fólder beige y otro distinto color verde pistache: “¡por fin, tenemos los papeles!”, pensó.

—¿Para qué necesitan el historial migratorio?

—Para demostrar que salió de Argentina en el 76 y no volvió hasta después de 1983.

Clara trataba de ser concisa para no dar demasiada información sobre la historia de su madre con los militares; sobre todo porque le urgía obtener el fólder ése, salir de Migración y estar pronto en su casa para festejar el triunfo en la hamaca con una cerveza helada en la mano.

—¿Y eso con qué objetivo?

Clara respiró hondo para repetir una vez más la explicación más

breve que había logrado formular acerca del exilio de su madre y del juicio que estaban intentando iniciar, pero esa vez su madre se adelantó.

—Yo he tenido una vida muy complicada, ¿sabe? Cuando fue el golpe de estado en Argentina yo tenía veinticuatro añitos nada más. Imagínese. Veinticuatro años y ya estaba amenazada de muerte.

Clara advirtió el desconcierto que asaltó a la mujer detrás del escritorio, que la miró buscando, entonces casi con urgencia, una explicación certera.

—Necesitamos demostrar —dijo Clara ansiosa, tratando de reorientar la conversación hacia la asepsia institucional previa— que mi mamá permaneció exiliada durante todo el periodo de dictadura en Argentina para obtener la indemnización que estipulan las leyes de reparación del Estado argentino.

—¿Cómo que de reparación del Estado argentino?

—No —intervino su madre—, el Estado argentino no necesita reparación, en todo caso necesita una reconfiguración integral. La reparación es para nosotros: para los que mataron, desaparecieron y para los que nos rompieron.

—Mamá, por favor, ¿podemos tratar de resolver este trámite como lo que es, como un trámite?

—¿A vos te parece que todo esto es un trámite nada más? ¿Te parece que pasamos por acá como quien va a pagar el agua?

—No, mamá, pero esto, específicamente, este paso… No vinimos a contarle tu historia a la señora…

—Licenciada.

—A la licenciada —corrigió Clara de mala gana—, sino para tratar de conseguir los documentos que nos faltan. ¿Puedes hacer un esfuerzo?

—Sí, claro, pero cómo vamos a resolver esto si no le explicás bien.

—Eso intento —dijo Clara en un tono muy firme al que acudieron los ojos de la licenciada, que habían estado ocupados en encender la computadora.

—Nosotros contamos con una base de datos en la que se tienen registros de los flujos migratorios, pero es a partir del 2004. Los documentos de fechas previas no están digitalizados y no los tenemos aquí —dijo, abriendo por fin el fólder verde que guardaba sólo una hoja con ciertos números y claves que la licenciada usó para completar los distintos formularios que aparecieron en la pantalla.

El semblante de Clara se transformó nuevamente. El apuro que la había empujado hasta ahora con cierto entusiasmo desapareció del todo y continuó la entrevista casi por compromiso.

—¿Dónde los tienen?

—Se encuentran en archivos físicos.

—¿Y ésos dónde puedo consultarlos?

—No los tenemos aquí. Como le comentaba, aquí tenemos nada más los registros del 2004 a la fecha. Pero como hizo su solicitud a través de transparencia, de las oficinas centrales nos brindaron su expediente —explicaba al tiempo que hacía girar la pantalla de tal modo que Clara y su madre vieran mejor.

—¿El expediente de mamá? —dijo Clara nuevamente entusiasmada al ver una foto muy vieja de Ricardo en la pantalla.

—Bueno, es el expediente de la señora y del señor…

—De Ricardo, mi exmarido. En esa época ser mujer y estar casada te convertía en prótesis de tu marido.

—No estoy segura de que ya no sea así —agregó Clara—. ¿Puedo? —al tiempo que se apropiaba del ratón para desplazar las páginas hacia arriba con un nuevo influjo de energía—. Acá hay un permiso de residencia, esto… una extensión de estancia en el país… ¿Trabajaste de vendedora de flores?

—Era una florería grande. Trabajábamos yo y otra chica… Marta, Mirta… —pensaba en voz alta mientras revolvía su bolsa.

—Acá hay otra extensión, ésta es de mayo del 78. Entonces trabajabas de secretaria.

—Me parece que era Mirta… ¡No, Marcia! ¡Se llamaba Marcia! —desplegó y se colocó unos lentes enormes que multiplicaron el tamaño de sus ojos y le permitieron ver a Clara concentrada frente a un documento en la pantalla.

—¿Y eso que lees?

—Es una carta muy rara, ma.

Su madre acercó la silla a Clara que estaba más cerca de la pantalla y leyó.

—No, no, pará —ordenó cuando Clara quiso deslizar la hoja para seguir leyendo—. ¿Qué es esto?

—Pues no sé, mamá, pero es tu letra… y está firmada por ti.

—Yo jamás escribí esa carta. ¿Te imaginás? ¿Cómo iba a pedir, en el 79, que Ricardo se fuera de vuelta a la Argentina? ¿Cómo iba a ser? ¡Si Ricardo volvía en esa época lo mataban!

—Pues no sé, ma. Pero ésta es tu letra, no me vas a decir que no.

—Parece, pero la habrán falsificado —arrebató el ratón a Clara y fue una y otra vez del principio al final de la carta.

—Mamá, cómo crees que van a falsificarla si…

—No es que crea, hija. Sabés quiénes estaban detrás del golpe de estado, ¿no? ¿No sabés del Plan Cóndor?, ¿no sabés a quiénes obedecían los milicos?

Clara miró de reojo a la licenciada que seguía la discusión entre

madre e hija sin darse por aludida.

—¡A la CIA! Esos hijos de puta intervinieron todo el continente…

La licenciada se levantó enérgica de su escritorio al oír el insulto. Clara siguió la línea que trazaba con la mirada por encima de ella, misma que dio una instrucción silenciosa a los dos militares que entonces se detuvieron firmes justo detrás de ellas.

—Cállate, mamá —dijo en voz baja, intentando todavía recuperar el formato anterior de la entrevista y la buena disposición de la licenciada.

—¡Yo no me callo! De eso se trataba todo, a fin de cuentas, de que nos calláramos. La salud de Argentina, según ellos, era nuestro silencio. Cuando los de la Alianza Anticomunista pusieron el cartel giratorio en el obelisco no lo hacían, como decía el Brujo, como parte de una campaña contra la contaminación sonora, por cuestiones de salud pública y la mar en coche, lo hacían como amenaza: "Silencio es salud", decía el cartelito para todos los ángulos de la ciudad. ¿Te das cuenta? Hacían lo que querían con las palabras. ¡Silencio es muerte, debieron haber escrito! Y lo cumplían. Ahora dicen que ofrecen una reparación porque aquello fue una máquina de destrozos: a mi generación la hicieron mierda y a la de nuestros padres y a la de nuestros hijos no les fue mucho mejor después de eso. Y acá están empezando a hacer lo mismo, poné atención, hija —le dijo tirándola del brazo— porque cuando los milicos impongan su ley, vos tenés que salir rajando.

—A ver, ma. Trata de tranquilizarte, ven.

Clara se puso de pie y tomó del brazo a su madre para levantarla también.

—Perdón —dijo a la licenciada mientras tomaba sus cosas y conducía a su madre, que no paraba de hablar, fuera del cubículo—, necesitamos un poco de aire. ¿Podemos volver en un rato?

—Si requiere una nueva entrevista vuelva a solicitarla a las oficinas de…

Clara no alcanzó a escuchar todo lo que decía la licenciada porque estaba ocupada en llevar fuera del edificio a su madre, que ya no sólo predicaba acerca de la intervención de la CIA en Latinoamérica sino de su papel en la guerra contra el narcotráfico.

Clara avanzaba decidida, como si la certeza de sus movimientos se pudiera contagiar a sus reflexiones. Pero por cada explicación que se atrevía a esbozar, emergían muchas otras interrogantes y así se le acumulaban las dudas sin poder encontrar una respuesta convincente para ninguna de ellas.

—¿Me entendés? —la interrumpió su madre que, aunque parecía haber tenido que correr para alcanzarla y jalarla por el hombro como

lo hizo, tenía ya encendido un cigarro entre los dedos.

Clara se detuvo de mala gana. Las preguntas que había formulado comenzaron a perder la estructura exacta que les había otorgado tras repasarlas varias veces y el teratoma de dudas que había ido disecando con la intención de organizar ese desorden de acuerdo a una posible línea causal volvía a condensarse ante la inmovilidad.

—¿Me entendés? —insistió.

El esperpento de tejido inquisitivo se condensó de nuevo.

—Entiendo muy pocas cosas —respondió desesperada al advertir que precisamente todo su esfuerzo por entender era inútil—, pero entiendo, por ejemplo, que vives pecho tierra y que si así te sientes más tranquila (aunque se te raspen las rodillas, el pecho, te agotes y avances muy lento), no tiene caso intentar levantarte. Si para ti es amenazante andar en dos patas, no te voy a forzar a hacerlo. Pero entiendo también que yo voy a seguir caminando a mi ritmo, que ni me voy a agazapar junto a ti ni voy a dejar que te me abraces a las piernas y me impidas el avance.

—Si yo no te impido el avance.

—¿Sabes lo que acaba de pasar, mamá? —se acercó más a ella para asegurarse de tener toda su atención— Tal vez no te diste cuenta, pero perdimos la única cita, desde que retomamos el asunto del juicio, de la que al parecer podríamos haber obtenido algo. ¿Y sabes qué? Se acabó, porque yo no voy a volver a poner mi vida en pausa para dedicarme a pasar por meses de cartas, de citas y vueltas burocráticas, para volver a conseguir una cita, para que, al final, cualquier situación agite las hebras de tu angustia y se vaya todo al carajo.

—Pero hija, ¿vos me entendés cuando te digo que esa carta…

—No, ma —interrumpe con impostada voz suave—, no te entiendo. Estoy cansada de tratar de entenderte. Si necesitas que alguien te entienda vuelve con tu psicoanalista o… Ah, no, no se puede, porque no tenemos un quinto para pagar un psicoanalista ni un médico ni el dentista ni la pinche renta que se debe de tu departamento.

—¿Para qué querés un médico? Mi cuerpo funciona perfecto. A no ser por los dientes… Y del psicoanalista ni hablar, vos sabes que yo ya terminé mi análisis —concluyó sacando una columna de humo de cada fosa nasal.

—Sí, claro mamá, disculpa si lo olvidé —replicó irónica.

Su madre la miró extrañada, tratando de descifrar el sentido de ese tono, pero antes de que pudiera empezar a argumentar cualquier cosa, Clara retomó el andar y su madre tuvo que apurar el paso para alcanzarla.

Poco más adelante, pasaron frente a un puesto de revistas que

exhibía, junto con muchas otras, una portada que atrapó la atención de Clara: sobre un mosaico de pequeñas fotografías de rostros de hombres y mujeres en color sepia, dos frases en gruesas letras blancas: "Los desaparecidos. Los muertos". Disminuyó la velocidad y vio con detalle algunas de las caras: había quienes llevaban lentes, mujeres de pelo largo, corto, lacio o rizado, maquilladas o con la cara lavada; hombres con o sin bigote, con o sin barba. El tono de las fotos las avejentaba, pero podría haber sido cualquiera en la calle, lo mismo ese día que hace casi cuarenta años, lo mismo en México que en Argentina. Clara ralentizó todavía más el paso para dar tiempo a sus ojos, que seguían tratando de descubrir en las imágenes alguna pista con la que pudiera ubicar la fecha de la circunstancia enunciada. "Los desaparecidos. Los muertos", pensó, "faltan los rotos. Aquí ni siquiera se habla de los rotos".

Luego otra vez el tráfico, el calor. El beso baboso de su madre y alguna frase conciliadora con la que intenta congraciarse con ella. Unos cuantos gestos para salir del paso rápido, para volver a su casa y así Clara recuerda haber llegado a su habitación, luego de dar vuelta el botiquín del baño hasta encontrar el Tafil que hace tiempo había conseguido por si su madre entraba en crisis.

A veces, cuando el smog y las nubes lo permiten, las luces amarillas de la ciudad alcanzan a verse hasta las faldas del Cerro del Judío y un poco más allá, hasta el Desierto de los Leones. En noches así, Clara abandona su cuarto envuelta en una frazada y se queda a oscuras tirada en la hamaca, hipnotizada por el parpadeo de la ciudad silenciosa a través del ventanal. Ha pasado ya un largo rato atenta sólo al vaivén de sus ideas y no parece querer hacer otra cosa. La sensación de movimiento la tranquiliza. Se acuerda del coche. Había pensado en quedárselo y pagarlo después con lo del juicio, llegó a pensar que tendría un auto para moverse con libertad, pero ahora más bien tiene que decidir cuándo devolverlo y a qué hora para no encontrarse con Mariano. No es raro que cosas que podrían funcionar como instrumentos útiles terminan significándole un nuevo problema a resolver; como si desde el mundo de los objetos quisieran hacerle entender que no hay reparación posible. Piensa cada tanto en la carta. Intenta entender de dónde salió: tal vez sí intervino algún tipo de servicio de inteligencia, ¿por qué no? "El más cuerdo es el más delirante", decía Charly. Repasa mentalmente la caligrafía de su madre y recuerda el modo particular que comparten de trazar la "r", ese cuadrito incompleto, sin base; un cuadrito roto. Quizá su madre estaba rota desde mucho antes de que empezaran los eufemismos. Tal vez el primer eufemismo lo usó ella al decir que estaba rota. ¿Cómo habrán hecho tantos otros de la generación de mamá, tantos rotos,

para juntar sus pedacitos y pasar por el juicio?, piensa. La reparación ha adquirido ahora la distancia de una ilusión que contempla desde lejos, como el anhelo de hogar que mira desde un mar extranjero. Clara entiende que su madre la tiene sólo a ella. Con ella comparte un decir en el que se reconoce, pero en ese juego de pertenencias y propiedades, Clara se pierde. ¿Y yo a qué me sujeto?, se pregunta sin dejar de balancearse. La ciudad continúa encendida frente a ella y en el anonimato de su casa a oscuras, Clara cumple la fantasía de borrarse.

Los eufemismos

es la primera novela de Ana Negri
y pertenece a la serie Presente.

Iba a publicarse originalmente
en el mes de noviembre de 2020,
un año difícil de nombrar con eufemismos,
y se terminó de imprimir y encuadernar
en el mes de marzo de 2021
en los talleres de Litográfica Ingramex, s.a. de c.v.
Centeno 162-1, Col. Granjas Esmeralda,
C.P. 09810, Ciudad de México, México,
un país donde viven alrededor de 16000 inmigrantes argentinos.

Clara, la protagonista de esta novela, podría dividir su vida en dos partes: antes de la llegada de los eufemismos era una estudiante de posgrado con una relación estable y proyectos profesionales. Un día recibe una llamada en la que le dicen que su madre se encuentra "muy nerviosa" —se trata del primer eufemismo— y entonces todo cambia, tal vez de manera irreparable. ¿Qué pasa cuando la figura materna se desmorona?, ¿cómo enfrentarlo con humor, ironía y agudeza? En cuatro días, Clara deberá hacer cuentas con su pasado sentimental, la historia de persecución política y exilio de sus padres argentinos y con sus proyectos de vida, para tomar una decisión que le permita enfrentar el futuro cercano y decidir cuál es su lugar en el mundo —si es que tal cosa existe—. El poderoso lenguaje de Ana Negri se adentra en los lugares que azarosamente habitamos y el uso esencial de las palabras.

«Ana Negri recorre el pensamiento de una mujer escapista, hija de una madre perseguida. Entre las columnas del humo de tabaco se figuran las formas de la reparación, pero el pasado lastima. Una historia familiar atravesada por el exilio, que desplaza los cuerpos y los separa.»

— Daniela Tarazona

presente

9 786078 764075

Bookmate